

LIBROSLIBRES

EL SECRETO MASÓNICO DESVELADO

Por fin un libro que explica la realidad
de la masonería de forma clara y sencilla

José Antonio Ullate Fabo

LIBROSLIBRES

Santa Engracia, 18, 1º Izda.
28010 Madrid (España)
Tlf.: 34-91 594 09 22
Fax: 34-91 594 36 44
correo@libroslibres.info
www.libroslibres.com

© 2007, José Antonio Ullate Fabo

© 2007, **LIBROSLIBRES**

Diseño de cubierta: OPALWORKS

Primera edición: octubre de 2007

Depósito Legal: M-41.605-2007

ISBN: 978-84-96088-68-9

Composición: Francisco J. Arellano

Coord. editorial: Miguel Moreno

Impresión: Cofás

Impreso en España - Printed in Spain

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.

ÍNDICE

EL UMBRAL.....	11
EL PÓRTICO	17
La realidad y la leyenda.....	17
Una perspectiva distinta.....	18
Las cartas sobre la mesa.....	20
Un episodio instructivo	21
Con moraleja para todos.....	29

PRIMERA PARTE: ¿QUÉ ES LA MASONERÍA? SU DOCTRINA

Capítulo 1. El sigilo roto.....	37
Capítulo 2. ¿Qué es la masonería? Preguntando se va al Gran Oriente	43
Capítulo 3. Definiciones clásicas.....	47
Capítulo 4. La unidad de principios en la masonería.....	49
Capítulo 5. G.A.D.U.: El Gran Arquitecto Del Universo.....	59
Capítulo 6. Deísmo o teísmo	69
Capítulo 7. Religión masónica o religiosidad masónica	73
Capítulo 8. La existencia de Dios: ahondando en la <i>teología</i> masónica.....	81
Capítulo 9. El deísmo	87
Capítulo 10. El panteísmo y el monismo	91
Capítulo 11. Ética masónica: el ateísmo moral en la logia	97
Capítulo 12. El naturalismo, raíz filosófica de la masonería.....	103

SEGUNDA PARTE: LOS PRINCIPIOS MASÓNICOS EN LA HISTORIA

<u>Capítulo 13. Historia de la hermandad masónica: la masonería especulativa</u>	<u>109</u>
<u>Capítulo 14. Historia de la hermandad masónica: los antecedentes</u>	<u>137</u>
<u>Capítulo 15. La relación con la Cábala.....</u>	<u>153</u>
<u>Capítulo 16. El rito, la iniciación y el simbolismo masónicos</u>	<u>171</u>
<u>Capítulo 17. La masonería y la Iglesia</u>	<u>187</u>

<u>CONCLUSIÓN.....</u>	<u>213</u>
------------------------	------------

APÉNDICES

<u>Apéndice A. Mozart, cristianismo y masonería.....</u>	<u>227</u>
<u>Apéndice B. Los masones y el naturalismo</u>	<u>249</u>
<u>Apéndice C. La primera condena pontificia de la masonería. <i>In eminenti</i></u>	<u>253</u>
<u>Apéndice D. Carta Encíclica sobre la masonería y otras sectas. <i>Humanum</i> <i>genus</i>.....</u>	<u>257</u>
<u>Apéndice E. Algunos <i>Landmarks</i> o mojones masónicos</u>	<u>275</u>
<u>BIBLIOGRAFÍA.....</u>	<u>283</u>

EL UMBRAL

Éste es un libro escrito con pasión, pero no por pasión. Su objetivo es ofrecer una explicación clara y razonada de qué es la masonería, una explicación que, en la medida de lo posible, sea sencilla, para que el lector se forme una convicción firme —al menos una opinión fundada— sobre la hermandad masónica. Para alcanzar ese fin no basta una mera descripción de hechos, de las actividades y de los rituales: es necesario remontarse hasta los fundamentos intelectuales e históricos de la masonería.

Los hechos, por sí solos, no dan razón de una doctrina. Los hechos sirven para *ilustrar* una explicación, pero, para hacerse una idea cabal del valor de un hecho, es necesario aportar la mayor cantidad posible de los elementos intencionales que rodean al mismo. Los hechos, sin una razón, son equívocos.

Tomemos un ejemplo literario para establecer una comparación. Situémonos en la escena inaugural que desata la trama de una novela negra: un cadáver en un dormitorio. Se nos presenta el hecho con las suficientes circunstancias como para que el lector comience a forjar una o varias líneas explicativas. El hecho originario no varía a lo largo de la narración, pero conforme ésta va transcurriendo conocemos nuevos factores que nos obligan a pasar de una interpretación a otra, desechando las primeras intuiciones. Finalmente, una revelación —una información— inesperada hace que comprendamos la que era la verdadera explicación... desde el comienzo, pero que permanecía oculta tras la «evidencia» bruta del «hecho». Como dice el refrán, «las apariencias engañan».

Una forma de hacer historia demasiado centrada en narrar hechos escuetos corre el riesgo de suscitar una visión incoherente sobre la realidad.

Éste no es un libro académico ni tampoco hace una enumeración de episodios relacionados con los masones. No hay que buscar en él historias truculentas ni hi-

pótesis conspiratorias. Para escribir este texto no se han exhumado olvidados documentos del fondo de ningún archivo. Sin embargo, sí quiere ser un libro riguroso y claro, que evite los habituales escollos en los que naufraga gran parte de la literatura sobre el fenómeno masónico: tediosa erudición sobre hechos secundarios, descuido del aspecto doctrinal o filosófico, recurso al prejuicio y reducción simplista de un hecho extraordinariamente complejo a la categoría de leyenda.

Es probable que un masón, al leer este libro, diga: «Yo no me veo reflejado». Eso puede deberse en efecto a un error por mi parte y, desde luego, no pretendo haber dicho la última palabra sobre el tema. Estoy deseoso de antemano de enmendar mis inexactitudes.

Pero aquel hipotético lector masón puede extrañarse por otros motivos, también comprensibles. Sin duda, la fuerza del testimonio de alguien que vive una realidad —en este caso la masonería— es digna de ser tenida muy en cuenta, y es imprescindible atender a tales testimonios para conocer cualquier institución. Pero no es menos cierto que formar parte de una realidad y hacer un juicio racional sobre la misma son dos cosas de suyo diferentes. La experiencia personal es siempre incomunicable. Cuando una experiencia personal se comunica a los demás, lo que se está comunicando ya no es aquella experiencia, sino un juicio racional: una abstracción. Esa reflexión que transmitimos ya no es la experiencia ni tiene su intensidad, pero a cambio es algo mucho más importante: es la verdad de esa experiencia, es lo que se puede compartir con otros.

El estudio y la reflexión nunca llegarán a producir un sentimiento tan intenso como lo produce la experiencia, pero la experiencia, sin estudio y reflexión suficientes, no puede oponerse a las conclusiones rigurosas de una investigación. En ese sentido es perfectamente posible pertenecer a una asociación como la masonería y no haber captado y comprendido los fundamentos intelectuales sobre los que descansa el ritual o de los que proviene el trabajo masónico. Entre otras cosas, porque esa labor intelectual no es imprescindible para hacer un acto consciente y libre.

Nuestro hipotético lector masón debería reconocer que es legítimo que un no masón investigue sobre la hermandad masónica, siempre que argumente correctamente y aporte suficientes pruebas de lo que afirma.

Por eso un masón no debería detenerse ante algunas argumentaciones que le puedan parecer impertinentes, pues el fin de esta investigación no es hacer una radiografía de la «experiencia de un masón», sino intentar llegar hasta las causas intelectuales de la masonería, lo cual, como sucede en cualquier investigación, siempre nos lleva a terrenos aparentemente distantes del objeto que estudiamos.

De modo que también los no masones podemos llegar a comprender los elementos intelectuales de la masonería. Lo que no podremos —yo no puedo— es

pretender dar testimonio de lo que la iniciación masónica ha obrado en un iniciado. Pero eso es secundario para nuestro propósito y sólo nos devuelve a nuestro punto de partida: queremos mostrar de forma comprensible y sin innecesarias complicaciones la esencia doctrinal y moral de la masonería, para que cualquier lector se forme un juicio fundamentado y claro de lo que significa esta institución, no para que ingrese en ella.

No reclamo ninguna exclusividad en mi interpretación de la masonería. Casi todo estaba ya dicho, en distintos lugares, y en muchas ocasiones de forma fragmentaria. Si después de haber ordenado el rompecabezas el panorama logra esclarecerse, mi único mérito será el de ser «arquitecto de este pequeño universo» de información.

La mayoría de los masones —de ayer y de hoy— que han escrito sobre «la Orden» coinciden en que gran parte de los propios «hermanos» desconoce la doctrina de la masonería. Invito a los masones a que se adentren en estas páginas y a que no hagan un juicio precipitado sobre ellas. Por encima de todo les animo a que no tomen estas páginas por lo que no son, y si de momento no encuentran lo que esperaban, que me otorguen provisionalmente el beneficio de la duda y prosigan hasta hacerse una idea cabal de mi hipótesis.

Las raíces están, casi siempre y en su mayor parte, ocultas. Si nos proponemos conocer la esencia de la masonería, debemos estar dispuestos a adentrarnos por derroteros muy distintos y aparentemente lejanos de las imágenes que nos hemos formado. El agua que bebemos suele venir, a través de largas conducciones, desde distantes embalses. Los ritos de la masonería también tienen sus raíces y sus fuentes, y quien esté acostumbrado a contemplar su tronco o a beber su agua ha de saber que para llegar a ellas debe estar dispuesto a emprender un estimulante viaje... intelectual.

He comenzado diciendo que este es un libro escrito con pasión, pero no por pasión. He puesto pasión en él, pero doy fe de que no está escrito por pasión. Es casi inevitable que una organización como la masonería suscite pasiones encontradas. Hay demasiados ingredientes en su seno, demasiadas implicaciones, como para que no se exciten los apetitos sensibles. Por otra parte, la propia masonería especulativa tejió a su alrededor un velo de silencio y de secreto. El misterio anejo a todo secreto y más a toda organización secreta —o, si se prefiere, «con un secreto»— ha generado un foco de poderosa atracción, foco que al mismo tiempo provocaba una intensa prevención en otros. No es exagerado decir que el secretismo de la institución —más que el secreto— ha ocasionado en gran parte el auge, pero también la persecución de la hermandad masónica.

Desde el principio la misteriosa leyenda sobre la masonería ha llevado la delantera a su conocimiento científico. La mente humana funciona así y era inevitable que

una organización como la masonería —por el aura de secreto que emanaba, por el apetito de acceder a un arcano vedado al común de los humanos— generara una intensa fascinación en muchos espíritus, en la misma proporción en la que suscitaba un sentimiento de amenaza y una disposición defensiva en muchos otros.

Pero antes de dar detallada cuenta de la esencia de la masonería es conveniente dejar claro que esas pasiones han existido y existen en torno a la logia. Tanto que, en la mayor parte de los casos, es la pasión la que mueve a los estudiosos sobre la masonería.

De ahí que comience por reconocer que también yo, como no podía ser menos, sufrí mis pasiones al respecto. No admitirlo sería una ingenuidad, o bien la mejor manera de encubrir una intención facciosa. Pero, aunque una perfecta indiferencia respecto de una materia es inasequible al hombre, no por eso nuestros juicios han de invalidarse a priori:

«La pasión buena que sigue a un juicio de la razón aumenta el mérito —dice santo Tomás—, mientras que si la pasión precede al juicio, en tal forma que el motor principal de la acción sea más el influjo de la pasión que el juicio de la razón, esa misma pasión disminuye la bondad y la alabanza del acto». (S. Th. 1-2 q. 77 a. 7 sol. 2).

Para dar la prioridad al juicio de la razón, como no he anulado mi pasión, me he visto obligado a reprimir sobre la marcha —casi en cada página— abundantes juicios a los que me inclinaban mis humores. En muchas ocasiones, después de haber avanzado en la investigación, he tenido que volver sobre mis pasos para rectificar matices y valoraciones. Por otra parte, he pretendido no dar por descontados los conocimientos sobre la masonería y explicar, brevemente, los términos a los que hacía referencia.

Los libros sobre la masonería se han constituido con demasiada frecuencia en un subgénero dentro de la literatura fantástica. Los masones tienden a pensar que este mal afecta sólo a la llamada «literatura antimasónica», pero los excesos irracionales y las frivolidades se encuentran en la misma cantidad, sino mayor, en los libros escritos por masones con intención apologética.

Es triste que la mayor parte de las veces que en nuestras manos cae un libro sobre masonería haya que reconocer que «el motor principal de la acción es más el influjo de la pasión que el juicio de la razón». El resultado es una superabundancia de títulos facciosos y, sobre todo, una generalizada distorsión, cuando no ignorancia, de la realidad masónica.

Entre los abusos de gran parte de la literatura pro masónica llama la atención el que sostiene que la Iglesia ha sido la promotora de una infundada persecución

contra la masonería y que ha estimulado la literatura antimasonónica más fanática. La lectura sosegada de los textos del Magisterio de la Iglesia nos sitúa en un escenario radicalmente diferente. Es innegable que la Iglesia diagnosticó desde el comienzo de la aventura masonónica la incompatibilidad entre la fe y la iniciación en la logia, pero de igual modo es de ley reconocer —cosa que raramente sucede entre los especialistas masones— que la Iglesia fundamenta sólidamente esa oposición. Nadie puede objetar que la Iglesia saque las conclusiones implícitas en la fe.

Afirmar que, porque la Iglesia ha constatado la imposibilidad de militar al mismo tiempo bajo el estandarte de Cristo y en las filas de la masonería, la Iglesia ha adoptado una actitud sectaria, es un prejuicio que impide avanzar en el conocimiento de la verdad.

Cuando era niño, mi madre me enseñó que siempre había que decir la verdad, aunque la verdad me perjudicase. En el fondo, la verdad no perjudica nunca, aunque pueda humillarnos. La verdad nos hará libres, pero a veces no será agradable.

Si antepone una pasión a la búsqueda de la verdad nos sentiremos más seguros, pero habremos desperdiciado una ocasión de que la verdad nos libere.

En este caso la pregunta honrada y pertinente, para masones y no masones, es: ¿cómo determinar si en realidad es compatible o no la masonería con la Iglesia? Eso es más razonable que disparar venablos contra la Iglesia por el hecho de haber afirmado —con razones— que un católico no puede ser masón.

Como católico interesado en el conocimiento de la verdad de la masonería he constatado que el Magisterio de la Iglesia ha basado sus juicios en razonamientos rigurosos, expuestos con claridad y fácilmente comprensibles. La reacción de la masonería ante los juicios de la Iglesia frecuentemente ha carecido de la ponderación de que hace gala, lo que demuestra que se trata de una institución mucho más dogmática que lo que está dispuesta a reconocer. En este libro he intentado aislar esos principios dogmáticos de la masonería.

La auténtica «literatura antimasonónica», a la que también dedico algunos párrafos en este trabajo, también ha contribuido a la consolidación de otros prejuicios, entorpeciendo la búsqueda de la verdad sobre la masonería. Conviene, sin embargo, distinguir con cuidado. Para gran parte de los autores favorables a la masonería, la «obsesión antimasonónica» infecta a todos los libros que llegan a conclusiones severas sobre la hermandad. Una vez más, eso no es más que un prejuicio. La masonería, desde los puntos de vista intelectual e histórico, ofrece muchos aspectos oscuros que cualquier obra rigurosa debe señalar. El verdadero problema de cierta literatura «antimasonónica» es que parte de una pasión, un prejuicio, sin asumir la carga de probarlo y, por vía de inferencias mal realizadas, basadas en conjeturas sin suficiente

fundamento, viene a detectar en la masonería la matriz de una «conspiración mundial», la raíz de todos los males que afligen a nuestro mundo.

En este trabajo abundan las citas, precisamente porque se trata ante todo de dejar hablar a los protagonistas para poder entender su mensaje. Por indicación de mi editor he suprimido todas las notas, por lo que remito al lector a la bibliografía que se incluye en las últimas páginas. Cualquier sugerencia relacionada con el asunto de este libro puede dirigirse a la dirección de correo / gaudeteseemper@gmail.com.

Quiero dar las gracias a todos aquellos que, con su paciencia y su colaboración, han posibilitado que este trabajo vea la luz con alguna imperfección menos: a quienes han revisado las pruebas, a Joaquín Perfecto, a Ignacio Alonso, a Pedro Fernández, a Minerva Ullate, a José Barros, y de un modo particular, a mi padre y a Coro, mi mujer, a quienes agradezco de todo corazón su ayuda; agradezco también una luminosa conversación de sobremesa con mis amigos John S. Daly y don Hervé Belmont, seguida de la extirpación de alguna *herejía* que se había colado entre en mis palabras. Lamentablemente, la mayor parte del libro ha escapado a los inquisitivos ojos de John, en mi perjuicio y en el de los lectores. Gracias también a mi madre, una vez más, por todo.

EL PÓRTICO

LA REALIDAD Y LA LEYENDA

Una de las formas más crueles de dejar a alguien en la ignorancia es abrumarlo con datos que no puede asimilar ni comprender. Si a esa avalancha desordenada de información se añade además que muchos de esos datos son contradictorios o parciales, el resultado es invariablemente la confusión de quien recibe la información.

Un ejemplo paradigmático de intoxicación «por exceso» afecta a la institución masónica o francmasónica que, para la inmensa mayoría, en todo el mundo, sigue constituyendo no ya algo meramente desconocido, sino algo realmente enigmático. La presencia de la masonería atraviesa como una sombra la historia contemporánea: una sombra asociada a nombres famosos y a hechos decisivos. Es, además, la sombra de una presencia «inquietante», pues sucede que cuando nos volvemos a buscar la «figura» contra la que se recorta esa sombra no la distinguimos con nitidez, no logramos identificarla, permanece a contraluz. Ocurre, sin embargo, que la presencia de algo real y desconocido suscita sensaciones contrapuestas de miedo y de atracción, más aún cuando, a favor y en contra de esa institución, se dicen cosas de algún modo portentosas.

No resulta fácil responder a la pregunta «¿qué es la masonería?». Pero a eso nos vamos a dedicar en las páginas que siguen.

En los casi trescientos años que nos separan de la fundación de la llamada masonería especulativa o masonería moderna, se han escrito decenas de miles de libros sobre ella y, sin embargo, todo ese enorme esfuerzo intelectual no se ha traducido en una comprensión universal que haga transparente la institución.

Como en tantos otros casos, en torno a la masonería existen leyendas —unas «rosas», otras «negras»— que exageran las virtudes y los defectos de la Orden. Esas

leyendas tienen la ventaja de ofrecer una explicación simplista e inmediata pero no iluminan el fenómeno real de la masonería. Al menos no con la suficiente luz, aunque también haya que detenerse a considerar las leyendas rosas y negras para valorar la porción de verdad que contengan.

UNA PERSPECTIVA DISTINTA

La inmensa mayoría de los estudios sobre la masonería —y en particular los disponibles para el público en lengua española— parten de un enfoque metodológico que sitúa en primer plano la preocupación por la masonería como organización. En unos casos los autores cantan las gestas humanitarias de los adeptos a la masonería, mientras que en otros van engarzando historias de crímenes rituales y oscuras tramas dirigidas a acaparar el poder.

Sin dejar de apreciar la gran importancia que tiene la masonería-organización, un enfoque semejante resulta confuso para quien no tenga previamente un profundo conocimiento sobre los fundamentos doctrinales de la masonería. El resultado habitual de tales lecturas es una algarabía de datos, de fechas y de personas que dejan sin responder las preguntas fundamentales sobre la asociación masónica: «¿Por qué nace una organización semejante?», «¿qué fin persigue?». En definitiva: «¿Qué es la masonería?»

Es natural que se produzca una perplejidad semejante porque a nuestra inteligencia no le satisface saber «cómo actúa» algo, necesita ante todo saber «qué es» ese algo. Por supuesto que para saber qué es algo es necesario saber cómo actúa, pero a esos datos hará falta añadirles una reflexión que les dote de unidad. Nos interesa observar cómo actúa y comprender lo que la masonería dice de sí misma, para saber qué es. Queremos formarnos un juicio claro sobre la naturaleza de la masonería, lo cual nos permitirá a su vez tener un juicio claro sobre las actividades masónicas.

El gran maestro honorario del Gran Oriente de Italia, Massimo della Campa, en su obra *Luz sobre el Gran Oriente* establece una aguda distinción entre «la masonería entendida en su aspecto intelectual (los “principios masónicos”)» y «la masonería como institución (“los libres constructores o la francmasonería”)». La distinción es muy útil, aunque el propio Della Campa dedique la práctica totalidad de su libro a hablar exclusivamente sobre la masonería-institución, incurriendo así en un tropiezo semejante al de la mayor parte de los especialistas. En estas páginas vamos a hablar de las actividades protagonizadas a lo largo de la historia por la masonería-organización, pero sólo en la medida que ilustren los principios masónicos.

El jesuita Florido Giantulli tenía toda la razón cuando decía que para comprender la esencia de la masonería no hay que traer a colación los abundantes libelos antimasónicos de nula veracidad (Leo Taxil, por ejemplo) sino, sobre todo, dejar hablar a la propia masonería en sus documentos y en sus actividades, «sin ninguna polémica ni apologética, que resultan innecesarias frente a la evidencia de los textos y de los hechos».

Se trata, por tanto, de exponer la filosofía masónica y de ilustrarla con la actividad realizada por los masones en los últimos siglos. Además, rastreadremos las fuentes de esa filosofía y de esa actuación para descubrir los antecedentes de la masonería moderna y, si es posible, constatar alguna continuidad entre organizaciones anteriores y la masonería especulativa (o moderna).

A muchos lectores les sorprenderá saber que la perplejidad y la confusión que rodean «al Arte» (la masonería) no desconciertan sólo a los profanos, es decir, a los no iniciados. Estos, como es natural, desean formarse una idea cabal sobre esta institución mirándola desde afuera, pero entre quienes se han adentrado tras las columnas del pórtico de la logia hay muchos para quienes, a pesar de las promesas del ritual, la oscuridad no se hace visible.

No hace mucho tiempo trabé amistad con un caballero inglés que en otro tiempo se dedicó a la distribución de materiales apologéticos de la religión católica. Entre los libros que distribuía su organización se encontraban dos títulos, *Darkness visible* (Oscuridad visible) y *Christian by degrees* (Cristianos por grados), cuyo autor, Walton Hannah, había sido pastor anglicano en el periodo en que los redactó. En estos libros Hannah hizo públicos los rituales de la masonería y los acompañó de detalladas explicaciones del sentido de cada uno de los ritos. Mi amigo me comentó divertido que lo más sorprendente respecto de estos libros — que, desde su publicación en los años 50 del siglo pasado, no han dejado de reeditarse — era que, con cierta frecuencia, personas que se identificaban como miembros de la masonería se ponían en contacto con ellos para solicitar los libros de Hannah. La razón que muchos aducían era que habían oído decir que las explicaciones del clérigo anglicano aclaraban el sentido profundo de los ritos por los que ellos mismos habían debido pasar... sin comprenderlos.

La penumbra que rodea a todo lo relacionado con la masonería afecta también a muchos masones (Hannah diría que incluso a la mayoría) que, habiéndose acercado a la organización por una gran variedad de razones, no han logrado captar suficientemente el valor de las doctrinas masónicas. Si en esta investigación se logra alcanzar alguna verdad y exponerla con claridad, será una verdad que arroje luz para todos, masones y no masones.

En general el ser humano tiende a poseer un fuerte espíritu de grupo, un sentido corporativo. Solemos estar a la defensiva respecto de cualquier aproximación que cuestione o que someta a examen al grupo al que pertenecemos. Este sentimiento defensivo no está directamente relacionado con una cuestión dogmática, sino primariamente con el hecho de pertenecer a ese grupo, que puede no estar formado por ningún vínculo racional, sino afectivo (como un club de fútbol). Esa desconfianza, casi instintiva, hacia toda investigación que no goce de la previa aprobación del grupo está especialmente arraigada entre los masones.

Es probable que el hecho de que la francmasonería haya sido blanco de numerosas calumnias a lo largo de su historia haga hasta cierto punto comprensible esta hipersensible reacción, pero en todo caso no favorece la comprensión serena del fenómeno. Esta prevención, especie de fuerza centrípeta que mantiene unidos a los de dentro, aunque no siempre en función de una real asimilación de los principios masónicos sino por ese espíritu corporativo, ha constituido a lo largo del tiempo un factor de distorsión de la realidad masónica.

Mi investigación parte de datos generalmente disponibles sobre la masonería, sobre lo que los mismos masones dicen de sí mismos y sobre las informaciones suficientemente probadas relativas a la historia de la masonería. De forma especial he querido evitar partir de prejuicios y dar carta de naturaleza a murmuraciones o bulos. Mi compromiso es mostrar cómo se comprenden los masones a ellos mismos a través de sus propios textos, sin forzar los testimonios, ni sacarlos de contexto, ni deducir precipitadamente conclusiones que no se contengan en esos textos. De la misma manera, me comprometo a rechazar los juicios temerarios o los «todo el mundo sabe», que tanto han contribuido a cimentar las leyendas, rosas y negras, sobre la masonería y que han desprestigiado algunas por lo demás excelentes investigaciones realizadas por católicos que, en este punto concreto, no han sabido resistir la tentación de dar por buenas leyendas que carecen de fuerza probatoria.

Lo que resulte probado lo presentaré como tal; donde no esté en condiciones de ofrecer una conclusión definitiva, pero pueda aportar una hipótesis razonable y coherente, lo haré dejando claro el valor de esas conclusiones; y, en los casos en los que las tinieblas del misterio se ciernan sobre un asunto, me limitaré a señalarlo, absteniéndome de confundir mis deseos con la realidad. Ése es mi compromiso.

Llegados a este punto, conviene detenerse un poco para reflexionar sobre el punto de vista de esta investigación.

Yo soy católico. Muchos masones piensan que un católico convencido de su fe no está cualificado para hablar sobre la masonería o que, si lo hace, debe poner en suspenso sus propias convicciones para estudiar la realidad de la Orden. Yo, sin embargo, pienso que por creer en la doctrina de Jesucristo estoy especialmente obligado a ser escrupulosamente veraz en la exposición de la realidad de la masonería y a no concederme ninguna licencia «por una buena causa».

Omitir por interés un aspecto conocido de la verdad, porque resulta «conveniente» para mis creencias es, sin más rodeos, mentir. Exagerar un dato, o sacar conclusiones infundadas o temerarias con la misma intención, es usar una verdad para acabar diciendo una mentira. Una media verdad puede ser la peor de las falsedades. La verdad nos hará libres y, por eso mismo, la fe en Jesucristo nada tiene que temer de la verdad. Creo que el fin nunca justifica los medios y que, por eso mismo, es mi fe la que me exige no ir ni un milímetro más allá de la verdad tal como se me muestra. «Que vuestro lenguaje sea sí, sí, no, no. Lo que pase de ahí viene del maligno», nos enseñó el Divino Maestro.

Espero que quien critique esta obra (su método o sus conclusiones) lo haga con lealtad y ofreciendo el mismo respeto que me he exigido.

La historia de la confrontación entre la francmasonería y la Iglesia católica es casi tan antigua como la de la Orden misma. Desde el comienzo ha habido voces que han abogado por la conciliación de ambas pertenencias y también desde entonces el Magisterio de la Iglesia ha declarado, de forma tajante, la imposibilidad de compaginar ambas militancias. Más aún, la Iglesia se ha sentido capaz de dar un juicio sobre la naturaleza de la masonería, juicio negativo que no ha variado. Estos son los términos del caso que me propongo esclarecer, sin olvidar nunca mi condición de hijo de la Iglesia y mi obligación de buscar siempre la verdad. Cuando, como sucederá en la conclusión y en otras partes de este libro, la aclaración de elementos de los principios masónicos lo requiera, se abordarán aspectos doctrinales específicos de la Iglesia.

«*Homo sum et nihil humanum a me alienum puto*», soy un hombre y de lo humano nada considero que me sea ajeno. Estas «empáticas» palabras de Terencio, unidas a la convicción inquebrantable de que Jesucristo es la luz verdadera que alumbra a todo hombre que viene a este mundo, como testimonia san Juan, me han empujado a intentar proyectar algo de luz sobre la realidad de la masonería.

UN EPISODIO INSTRUCTIVO

Durante el siglo XVIII, pero sobre todo durante el XIX y la primera mitad del XX, la masonería provocó riadas de tinta, tanto a favor como en contra de la institución.

La literatura filomasónica y la antimasónica se consolidaron como géneros propios y enfrentados.

En ese contexto, a finales del siglo XIX, tuvo lugar uno de los capítulos más turbios de la historia de ese combate intelectual. Se trata del asunto Leo Taxil, del que a continuación se ofrece un somero aunque algo extenso resumen, suficiente para extraer interesantes conclusiones que todavía hoy resultan de aplicación. La información proviene en su mayor parte de Alec Mellor, hermano masón, y de Rosario Espósito, padre paulino, notable filomasón y muy recientemente admitido en la hermandad.

Gabriel Jogand era un periodista anticlerical que solía escudarse tras el pseudónimo de *Leo Taxil*. Tras una educación en colegios religiosos durante la que perdió la fe y se convirtió en un fanático anticristiano, y después de numerosas estafas y cambios de residencia, se estableció en París, donde se dedicó a escribir pornografía para publicaciones periódicas de este despreciable género que ya entonces estaba en auge. Fundó una revista llamada *El anticlerical*. En 1879 —había nacido en Marsella en 1853—, un panfleto de Taxil titulado *Abajo con el clero* había alcanzado la difusión de 130.000 ejemplares, provocando un escándalo tal que el autor fue llevado a los tribunales por violar una ley de 1819 que prohibía el ultraje a una religión reconocida por el Estado. El jurado estaba formado en su mayoría por anticlericales y Jogand-Taxil fue absuelto.

En septiembre de 1881 tuvo lugar la asamblea general de la Asociación de libre-pensadores, de la que se desgajó un grupo, liderado por Taxil, para fundar la Liga Anticlerical, con un éxito inmediato. Esta asociación publicó un libelo infame escrito por Taxil titulado *Los amores secretos del Papa Pío IX*, que apareció atribuido a un inexistente «Volpi».

Taxil era un agitador profesional. Se embarcó en una serie de conferencias sobre «los crímenes de la Inquisición». Durante estas conferencias mostraba instrumentos de tortura que decía haber comprado en el norte de Francia a los herederos de un verdugo. Por supuesto, se trataba de artefactos inventados por el propio Taxil. «Un poco de óxido contribuía a dotar a aquellos instrumentos de una apariencia antigua», comenta Alec Mellor.

Los embrollos de Taxil no parecían tener límites. Haciéndose pasar por un secretario del arzobispado de París, y firmando simplemente como «Jean-Pierre», escribió al director de un periódico de orientación radical revolucionaria, *La Batalla*. En la carta decía que estaba obligado a mantenerse en el anonimato pero se ofrecía a facilitar información sobre los entresijos de la Iglesia. A partir de entonces su imaginación se excedió una y otra vez. *La Batalla* llegó a publicar que los canónigos de París se habían reunido en una capilla subterránea con la intención de poner a punto los

instrumentos de tortura para que estuvieran preparados para comenzar la represión, en caso de que el Conde de Chambord lograra reinstaurar la monarquía legítima en Francia.

A comienzos de 1881, Jogand fue iniciado en el grado de aprendiz en la logia *Le Temple de l'honneur*. En octubre de aquel mismo año, un tribunal de justicia masónica expulsó a Jogand definitivamente de la Orden, al parecer por un cúmulo de estafas y por conducta inmoral (según Mellor, por la publicación de un libelo contra Su Santidad Pío IX).

No por eso cejó Taxil en su empeño anticlerical ni en sus excesos, llegando incluso en sus conferencias sobre la Inquisición, uno de sus temas favoritos, a presentar muñecos de cera de tamaño natural que representaban a personas torturadas... recubiertas de sangre para provocar el estupor del auditorio.

El 20 de abril de 1884, León XIII publicó su encíclica *Humanum genus*, contra la francmasonería. Taxil se hizo con un ejemplar y la leyó. Para entonces, el agitador se había granjeado con sus desvaríos muchos enemigos en su propio campo anticlerical. Además, según apunta Mellor, el mercado de las publicaciones anticlericales y pornográficas, saturado hasta el hastío, entraba en un periodo menos boyante.

Finalmente decidió fingir una conversión tumbativa a la fe católica, para burlarse de los católicos y, de paso, ganarse la vida más fácilmente explotando la credulidad de aquéllos. Llegó incluso a escribir a su propia familia dándoles cuenta de cómo había recibido la gracia fulminante y atribuyendo ese don a la intercesión de Juana de Arco, cuyo proceso de canonización se reavivaba por entonces y que concluiría años más tarde con su beatificación por san Pío X y su canonización por Su Santidad Benedicto XIV. Jogand-Taxil tenía una tía, Josephine Jogand, que había abrazado la vida religiosa movida por el anhelo de obtener la conversión de su sobrino. Como religiosa adoptó el nombre de «María de los Siete Dolores». «Lloró de alegría y, con ella, toda la familia», comenta Mellor.

Taxil escribió una falsa abjuración de sus errores pasados e «hizo» unos ejercicios espirituales con un director jesuita, al final de los cuales fingió también una confesión general en la que se atrevió a acusarse falsamente de un asesinato.

Después hizo pública su «conversión». Soportó, sin descubrir su jugada, una lluvia de cartas durísimas en las que sus antiguos compañeros anticristianos le echaban en cara su traición. La Liga Anticlerical, que él había contribuido a fundar, convocó una reunión extraordinaria el 27 de julio de 1885. El único punto del orden del día era la expulsión de Leo Taxil de sus filas. Habiendo recibido él mismo la invitación con el orden del día, como todavía miembro del grupo, decidió asistir. Descendió al sótano donde la asamblea acababa de comenzar. En me-

dio de un gran revuelo se decidió su expulsión por traidor a la Liga y por chaquetero. Entonces Taxil pidió la palabra y les dijo a sus compañeros: «Tenéis derecho a llamarme chaquetero pues hace cuatro días envié una carta de abjuración. De forma explícita rechazo todos mis escritos contrarios a la religión, pero os pido que tachéis la palabra traidor, que no es de aplicación en mi caso. En lo que hoy estoy haciendo no hay sombra de traición». Y concluyó: «Ahora no entendéis lo que acabo de decir, pero lo entenderéis más adelante».

A partir de entonces Taxil inició una nueva carrera. La prensa católica internacional se hizo eco de la conversión del antiguo gran enemigo de la Iglesia. El nuncio del Papa en París le concedió una audiencia y, en ella, Taxil aprovechó para confiarle que estaba considerando ingresar en la Cartuja. El nuncio, conmovido, le argumentaba que debía permanecer en el mundo y le aseguró que escribiría al Papa para que le concediera una audiencia.

Daba inicio entonces la «etapa apologética católica» de su producción literaria.

En 1885 Taxil publica un libro titulado *La República se muestra tal cual es*, en el que sostenía que la separación de la Iglesia y el Estado había sido decidida en las logias y que constituía sólo un paso en la carrera hacia la supresión total de la Iglesia. En este libro aún no se encuentra una mención explícita a la presencia del Diablo en las logias.

En 1886 publicó un panfleto titulado *Roma será devuelta al Papa*, seguido de otro en que satirizaba contra el Gobierno de la República: *Alí Baba y los cuarenta ministros*.

Crímenes masónicos apareció en 1889, y en 1890 Taxil publicó en colaboración con el sacerdote Paul Fesoh *El martirio de Juana de Arco*.

Las obras dirigidas a los católicos le estaban proporcionando unos elevados ingresos. Se retiró a vivir cerca de los Pirineos y allí escribió sus *Famosas conversiones*, libro que recibió el aplauso de muchos obispos.

Su antigua afición a la pornografía encontró un desahogo en *La corrupción en el fin de siglo*. No pudiendo cultivar este depravado género de un modo explícito, aprovechó un libro de apariencia moralizante en el que, en principio, denostaba los vicios de la sociedad de su tiempo, para detenerse, a lo largo de sus 425 páginas, en todo tipo de escabrosas descripciones repletas de repugnantes detalles de las prácticas que sucedían tras las paredes de los burdeles. Se elevaron voces de eclesiásticos indignados por semejantes crudezas, a las que Taxil «cínicamente respondió que estaba dispuesto a retirar el libro si la Sagrada Congregación del Índice lo condenaba. Pero Roma siempre se toma su tiempo», escribe Mellor, y mientras tanto, la primera edición se vendió rápidamente y se preparaba una segunda para 1894.

Para entonces Taxil ya había logrado que le recibieran en el Vaticano. Primeramente se encontró con el Cardenal Mariano Rampolla del Tindaro, Secretario de Estado del Papa León XIII, y después con el Cardenal Parocchi, quienes alabaron el trabajo de Taxil. Al parecer, el Cardenal Rampolla (véase el capítulo dedicado a la masonería y la Iglesia) le felicitó, pues sin haber pasado del grado de aprendiz poseía un gran conocimiento de los ritos masónicos que, en lo sustancial, coincidía con los rituales de la masonería que obraban en poder del Vaticano.

Poco tiempo después obtenía la ansiada audiencia con Su Santidad León XIII. Téngase en cuenta que la mayor parte de la información relativa a un truhán como Gabriel Jogand-Leo Taxil proviene de sus propias declaraciones, de modo que la credibilidad de todos los episodios privados en la vida de Taxil, tanto éste como los anteriormente referidos, descansa casi en su totalidad sobre la palabra del falsario. En cualquier caso, según el propio Taxil, la audiencia papal duró tres cuartos de hora (o media hora, según Mellor) y ambos hablaron «mucho» sobre el Diablo. Taxil se habría arrodillado ante el Vicario de Cristo para recibir su bendición y el Papa le habría dicho: «Hijo mío, ¿qué deseas?» A lo que Taxil habría respondido: «Santo Padre, mi mayor deseo sería morir a vuestros pies en este instante».

«Sonriendo, León XIII se dignó decirme que mi vida era todavía de mucha utilidad en el combate por la fe». Siempre según Taxil, León XIII le habría confesado que tenía en su biblioteca personal todos sus libros (de la etapa católica, claro) y que los había leído enteros. «Dijo que, siendo un aprendiz solamente, tenía yo un gran mérito al haber comprendido que el Demonio “estaba allí”», explica Taxil.

De regreso a París, Taxil dice que recibió la visita de un jesuita, arzobispo de Port-Louis, en Mauricio, monseñor León Meurin. Según Taxil, Meurin se convenció totalmente de la existencia del culto satánico en la masonería.

Meses más tarde se publicó el libro con el que se alcanzaría el clímax del engaño urdido por Gabriel Jogand-Leo Taxil, *El Demonio en el siglo XIX*, subtulado O los misterios del espiritualismo, en otras palabras, la masonería luciferina». El libro llevaba la firma del doctor Bataille, pseudónimo de un colaborador de Taxil. En él se sostenía que había tres clases de masonerías: la de las logias, la de los más altos grados y, más allá y desconocida por los grados inferiores, el paladismo, la masonería luciferina. El libro denotaba la destreza para el engaño de su autor, que, mientras excitaba la imaginación de sus lectores, deslizaba en sus páginas advertencias para no confundir fenómenos físicos tales como alucinaciones y engaños de la percepción con las genuinas manifestaciones satánicas. En *El Demonio en el siglo XIX* Taxil-Bataille denunciaban a Renan como paladista, lo mismo que al conocido ateo inglés Charles Bradlaugh, y a muchos otros notorios anticlericales. Según el libro, el masón Giuseppe Mazzini había organizado, y presidía en Roma como antagonista de

la Santa Sede, un Soberano y Ejecutivo Directorio paladista, y de forma semejante, el francmasón norteamericano grado 33, el general Albert Pike, habría formado un Directorio Supremo en Charleston, en Carolina del Sur. Una tercera organización paladista tendría su sede en Berlín. Taxil se detenía en todo lujo de detalles administrativos de estas organizaciones, dando rienda suelta a su creatividad. Explicaba a sus lectores que el 28 de febrero de 1884 (veinte días antes de la publicación de la Encíclica *Humanum Genus*, contra la masonería), en el curso de una reunión del Gran Triángulo de los Once-Siete, la techumbre del templo donde estaban congregados los asistentes se abrió y por el hueco descendió un demonio ardiente. Se trataba del demonio Asmodeo, que portaba un sable en su mano derecha y la cola del león de san Marcos en la izquierda, a modo de trofeo por alguna victoria sobre las legiones angélicas del Señor. Taxil dio cuenta también de cómo el general Pike solía mantener con regularidad tertulias con un demonio especialmente enviado por Lucifer en persona. Esos encuentros tenían lugar todos los viernes por la tarde. Del mismo modo afirmaba que el fuerte de Gibraltar tenía unas galerías subterráneas que estaban conectadas con el fuego del Infierno y mil locuras más.

Una invención en particular estaba destinada a alcanzar especial fortuna: la de Diana Vaughan. Tomando prestado el nombre de una joven de carne y hueso a la que él conocía, Taxil creó un personaje al que presentó como una adepta al luciferismo paladista que desde joven convivía con el demonio Asmodeo, con el que llegó a tener un tipo de desposorio espiritual.

La ficticia Diana Vaughan fue iniciada en el paladismo y llegó a ser maestra templaria. El 8 de abril de 1889, Lucifer exige que Diana le sea presentada solemnemente en un santuario paladista de la ciudad de Charleston. En esa ceremonia Lucifer asegura a Diana que puede estar tranquila porque ha encargado al demonio Asmodeo que la proteja siempre de todo peligro. En 1891, es nombrada Inspectora General del Paladismo.

Entre los católicos se inician campañas de oración para solicitar la salvación de Diana. El 8 de mayo de 1895, el diario católico parisino *La Croix* lanza una cruzada de oración para lograr su conversión y, menos de un mes después, el 6 de junio, el mismo día en que debía officiar la ceremonia más importante del calendario anual paladista, Diana se convierte a la fe católica. La joven se arrodilla ante una estatua de la doncella de Orleans —que todavía no había sido canonizada— y le implora protección frente a las terribles venganzas que podía esperar de sus antiguos compañeros luciferinos.

Diana encuentra refugio en un convento de monjas. El 13 de junio, fiesta del Corpus Christi, recibe el bautismo, en el que se le impone el nombre de Jeanne-Marie, en honor de su protectora Juana de Arco y de la Virgen María.

Los lectores de la prensa católica iban siguiendo, emocionados y acongojados, el serial de las evoluciones de la vida de Diana, y de sus avatares entrando y saliendo furtivamente del convento en su existencia de fugitiva.

Estremece enumerar estos detalles, y pensar el grado de retorcimiento y de bajeza al que puede llegar una inteligencia mixtificadora puesta al servicio del mal.

Taxil había comprendido que este personaje le podría dar mucho juego y, escudándose en que debía mirar por la integridad y por la seguridad de su protegida, él se ofrecía para canalizar las comunicaciones de la prensa, de los prelados y de los católicos del mundo entero que querían felicitar a la heroica conversa, darle ánimo y ofrecerle su apoyo, incluso material. De esta forma, en un periodo en que el anticlericalismo arreciaba su ataque a la Iglesia, el personaje de Diana Vaughan se convirtió durante un tiempo en un icono popular de los católicos de Francia y de otras partes del mundo. Un icono que sintetizaba las esperanzas y los sufrimientos de muchas personas. Entre los católicos que de buena fe creyeron de todo corazón la historia de la señorita Vaughan, se encontraban personas de una talla excepcional. El caso más sangrante es el de la hermana Teresa del Niño Jesús y de la Santa Faz: santa Teresita de Lisieux. Cuando la religiosa supo a través de sus conocidos de la historia de la desdichada Diana Vaughan y de sus penurias, se entusiasmó y provocó el entusiasmo de su comunidad. Teresita quiso escribir a Diana Vaughan para felicitarle por su conversión y para asegurarle su oración. Junto con la carta, la santa le adjuntaba una fotografía de una representación teatral dentro del Carmelo en la que ella aparecía vestida de Juana de Arco. Santa Teresita llegó a recibir una carta autógrafa de Taxil pero «firmada» por Diana Vaughan, en la que agradecía las oraciones de la monja... a la que, como veremos, aún estaba por infligir una última humillación.

Pero hubo muchos otros casos de renombrados eclesiásticos que fueron convencidos por las fabulosas revelaciones de Taxil.

Finalmente, el propio éxito de la farsa y su difusión internacional empezaron a poner en aprietos al estafador que había urdido todo el embrollo. Aunque numerosos investigadores católicos de talla indudable creyeron las falacias paladistas y otros les prestaron un alto grado de credibilidad, como el benemérito arzobispo Meurin (de cuya buena fe, erudición y sabiduría, por otra parte, no se puede dudar, así como de sus numerosas y valiosas aportaciones al estudio de la masonería), otros, sin embargo, recelaron desde el comienzo de tan estrepitosas novedades. De entre los católicos expertos en masonería que abiertamente cuestionaron la veracidad de Jogand-Taxil, sobresalen el sacerdote francés Henri Delassus, director del periódico *La Semaine religiosa de Cambrai*, y el jesuita austriaco Hermann Gruber. Del 26 al 30 de septiembre de 1896, tuvo lugar en la ciudad de

Trento el primer Congreso Antimasónico. Entre los asistentes se contaba un nutrido grupo de investigadores del mundo germánico entre los que se había despertado un fundado recelo respecto de las afirmaciones taxilianas. «Corría la voz de que un periódico del centro de Alemania, el *Kölnische Volkszeitung*, había recolectado ya un abultado dossier de documentos que demostraban la inexistencia de Diana Vaughan y, en consecuencia, el embrollo de Taxil», explica Rosario Espósito (SMSU, p.163). En Roma se había constituido una «Comisión de investigación del asunto Diana Vaughan-Leo Taxil». Este grupo, instigado por monseñor Baumgarten, quien contaba entre sus colaboradores a Keller, un redactor del periódico vienés *Vaterland* y ex masón, reclamaba a Taxil que diera pruebas de la existencia de su personaje. Taxil, que conocía ese creciente movimiento de desconfianza, haciendo gala de su temeraria osadía se presentó en el Congreso y pronunció una conferencia. Monseñor Baumgarten le exigió pruebas documentales que demostraran que efectivamente algún obispo católico había recibido la abjuración de la señorita Vaughan, quién le había administrado el bautismo, dónde había recibido la Primera Comunión. También le demandaba que demostrara que las elevadas sumas obtenidas por las ventas de los libros de memorias de Diana Vaughan habían ido efectivamente destinadas a obras de beneficencia, como aseguraba. Taxil afirmaba tener todos los documentos que le solicitaban, pero se emboscaba tras el supuesto miedo a la venganza de los masones. «Los delegados se marcharon de Trento con las más razonables sospechas», concluye Espósito.

De pronto, la prensa católica mundial empezó a hacer más asiduas y apremiantes las dudas que suscitaba todo el asunto.

En abril de 1897, Leo Taxil convocó una conferencia extraordinaria en la Sociedad Geográfica de París. Él mismo se encargó de todos los detalles de la decoración y del escenario. Espósito cita, a modo de ejemplo del grado de detalle con que Taxil preparó ésta su traca final, que en el archivo de la casa de los jesuitas de Colonia encontró la invitación personal que Taxil envió al Padre Hermann Gruber, probablemente el más escéptico de los investigadores del *affaire* Diana Vaughan. El nombre del jesuita aparece escrito a mano por el propio Taxil y en la tarjeta figura también el número de fila y de asiento que debía ocupar el invitado.

Entre los invitados había tanto masones como prelados. El orador declaró que todo era fruto de su imaginación, que había logrado engañar a todo el mundo (lo cual no era cierto), desde el Papa hasta la última religiosa del Carmelo. En el estrado Taxil exhibió una imagen ampliada de la foto de Teresita de Lisieux vestida de Juana de Arco, la misma foto que la santa le había enviado a «Diana Vaughan», es decir... a Leo Taxil. El estafador concluía con esta villanía doce años de falsedad, de doble vida, de engaño continuo.

Antes de proseguir con los hechos más sobresalientes del fraude Taxil, es necesario hacer una primera reflexión sobre el valor de su testimonio final. No hay duda de que la patraña del paladismo y la ficticia odisea de Diana Vaughan engañaron a una gran muchedumbre. Eso se puede comprobar sin recurrir a las palabras de Taxil. Sin embargo, muchos investigadores de la masonería dan por buenas todas las explicaciones que ofreció Jogand-Taxil cuando se vio finalmente acorralado, y era materialmente imposible continuar con una mentira que se había complicado demasiado.

Taxil era indudablemente un tipo muy listo capaz de sacar partido de las situaciones más adversas, pero también era —no hace falta ser muy observador para descubrirlo— un mentiroso compulsivo. Causa cierta sorpresa que cuando los investigadores recogen este triste episodio (todos los que yo he podido consultar), después de relatar el asombroso historial de mendacidades y engaños sin fin de Jogand, aceptan como verdadero, casi sin asomo de duda, el contenido de su intervención en la Sociedad Geográfica. De una cosa podemos estar seguros: de que, según su costumbre, en gran parte mentía.

¿Qué sentido tiene que no mintiera quien —si es que no es otra mentira suya— siendo adolescente confesó sacrílegamente ante un sacerdote que al día siguiente iba a hacer una Comunión en pecado mortal (sacerdote que, obligado por el secreto, contempló cómo el joven Jogand efectuaba su propósito, lo que causó al clérigo un ataque cardíaco); quien, en 1873, había provocado el pánico de los pescadores y bañistas de Marsella difundiendo a través de la prensa el bulo de que había una plaga de tiburones en aquellas aguas (consiguiendo incluso que se armara un barco por parte de las autoridades locales para salir a la caza de los escualos); quien convenció a arqueólogos de medio mundo de que bajo las aguas de un lago en Suiza yacían las ruinas de una ciudad romana que sólo existía en su imaginación... y que hizo todo lo que hasta ahora hemos narrado?

Jogand-Taxil sabía demasiado bien varias cosas: la primera, que estaba en serios apuros, pues era un muerto civil para sus antiguos camaradas anticlericales y estaba a punto de desacreditarse definitivamente entre los católicos; en segundo lugar, hacía tiempo que había comprendido que no podía seguir indefinidamente con esta farsa y, probablemente, ya estaba harto de tan largo periodo de doble vida; de modo que, por último, un timador profesional como él tenía que preparar una salida convincente y que le rehabilitara ante sus viejos compañeros. Como profesional del engaño, era bien consciente de que una mentira, para ser creíble, debe estar aderezada con la adecuada proporción de verdad.

En otras palabras, hay una parte seguramente verdadera en la confesión de Taxil: que no tenía ningún recto propósito cuando se convirtió y que buscaba demostrar la credulidad de los católicos, que a su parecer veían al Demonio por todas las esquinas. En realidad, ese objetivo lo logró a medias, como mencionaremos más adelante. Es precisamente por esta parte de verdad por la que existe la tentación de pensar que todo el resto de su confesión también es veraz. Pero ocurre que los detalles que puedan parecer más duros para los católicos (el contenido de sus entrevistas con Meurin, con el nuncio de Su Santidad en París, con los cardenales Rampolla y Parocchi, y sobre todo con el Papa León XIII) no tienen excesiva consistencia. Por un lado, si dejamos a un lado la hojarasca ambigua con que pasa por encima de esos encuentros —reales o ficticios—, viene a la mente que, evidentemente, de ser ciertas todas las reuniones con prelados católicos, Taxil no había logrado despertar en ellos el entusiasmo por sus peregrinas tesis que decía haber conseguido. Eso resulta evidente pues lo único que es capaz de narrar de cada uno de esos encuentros son vagas muestras de asentimiento por parte de los clérigos. Si las reacciones hubieran sido tan entusiastas como pretendía el estafador pensemos en el juego que podría haber sacado Taxil de cada uno de estos encuentros, entreteniéndose en desgranar las exageraciones en las que habrían incurrido los prelados, siguiendo el estilo de un género del que era consumado maestro. Pero Taxil, que en otros casos se detiene morosamente en todo lujo de detalles, pasa de puntillas por encima de los puntos cruciales de su confesión. Se limita a decir que aquellos jerarcas de la Iglesia estaban persuadidos de la verdad de sus «descubrimientos». Algo lo suficientemente ambiguo como para no merecer ni siquiera un desmentido, menos aún de parte de los cardenales, y más todavía del Papa, que como veremos no consta que hubiera concedido ninguna importancia a los relatos de Taxil.

Las dos únicas referencias concretas a ese pretendido entusiasmo eclesiástico hacia las fantasías taxilianas se muestran demasiado sospechosas. La primera de ellas hace referencia al Cardenal Mariano Rampolla del Tindaro. Según Taxil, el purpurado se habría mostrado tan identificado con sus teorías que le habría insistido en que sus exposiciones de los rituales coincidían en lo sustancial con los rituales que obraban en poder del Vaticano. Pero, ¿a qué rituales se refería? ¿A los de los primeros grados de la masonería, la azul, que habían sido ya expuestos en numerosas ocasiones, aunque con variantes y no sin mixtificaciones? ¿O insinúa Taxil que el cardenal afirmaba que en el Vaticano se tenía ya constancia de los rituales del paladismo que Taxil mismo había sacado de su magín? Hay que repetir que, de ser cierto el contenido de la entrevista, Taxil podría haberse explayado bastante más sobre las «fantasías» del cardenal, algo que le hubiera convenido no

poco al farsante. En cambio, tenemos una ambigua referencia que permite ser leída en un sentido inocente y que, sin embargo, en el contexto del resto del discurso adquiere un tono difamatorio. Si Taxil no «remató» a Rampolla es porque no podía hacerlo.

La segunda referencia concreta de Taxil es aún más inconsistente y más grave. Se refiere a León XIII. Dejemos a un lado si es o no cierta la burla de Taxil cuando, ridiculizando la piedad cristiana, se pone a los pies del Papa y le dice desear morir en aquel instante en su presencia. Tampoco nos detendremos en si fue o no cierta la extraña pregunta puesta en labios del Papa («Hijo mío, ¿qué deseas?») cuando supuestamente Rampolla, según el propio Taxil, le había informado detalladamente sobre «el converso» y había logrado que el Papa le recibiese saltándose su apretada agenda. ¿Qué sentido tendría que el Papa hiciera semejante pregunta a Taxil en esa precisa situación? En todo caso, Taxil no ofrece el contexto en que pretendidamente se formuló aquélla, con lo que resulta de una equivocidad irrelevante.

Taxil pretende haber logrado una victoria ridiculizando al Vicario de Cristo al decir que el Papa «tenía todos mis nuevos libros en su biblioteca particular. Los había leído de punta a cabo e insistió en la dirección satánica de la secta» y al poner en labios del Papa una frase sin citar su contexto: «¡El Diablo está ahí!», referida a la masonería. A lo largo de este libro tendremos ocasión de comprender el significado que la Iglesia católica atribuye al influjo de Satanás sobre las acciones humanas y particularmente sobre la francmasonería. En todo caso, basta decir por ahora que la hipotética frase, descontextualizada, es presentada por Taxil en el sentido de una aprobación de la fantasiosa presencia encarnada de Lucifer en las logias. Esto es totalmente absurdo y una manipulación evidente.

La Iglesia conoció la existencia y la realidad de la francmasonería especulativa desde poco tiempo después de la fundación de ésta. La Iglesia se había pronunciado ya el 28 de abril de 1738 (las Constituciones de los francmasones, de Anderson, son de 1723) y, para cuando León XIII «recibió» a Jogand-Taxil, los Papas habían realizado no menos de trece pronunciamientos solemnes —condenatorios— sobre la masonería, incluida la entonces reciente Encíclica del propio León XIII, *Humanum genus*, además de centenares de actos magisteriales de los obispos dispersos por el orbe.

En aquellos más de ciento cincuenta años transcurridos desde la Constitución *In Eminenti* del Papa Clemente XII, las conversiones de francmasones a la fe católica habían sido numerosas (por ejemplo, el Conde de Maistre), y en muchos casos facilitaban a las autoridades eclesiásticas valiosa información de primera mano sobre la organización. Además, hasta 1870, los Papas habían ejercido el poder

temporal directamente sobre los Estados Pontificios, en los cuales la francmasonería estaba no sólo prohibida como en todo el mundo por las leyes canónicas, sino también perseguida por las leyes penales civiles. En numerosas ocasiones, la policía de los Estados Pontificios había confiscado los materiales de logias masónicas y de otras organizaciones secretas prohibidas. A resultas de todo lo cual, la Santa Sede disponía realmente de información fiable sobre los rituales y sobre la doctrina masónicos.

Al hablar sobre la masonería nunca, en ningún documento papal, se hace referencia al paladismo o a un tipo de presencia satánica análoga a ésta. No estamos hablando de algo baladí. Si el Papa hubiera creído de verdad lo que el padre Hermann Gruber llamó «la novela del Paladismo», ¿acaso hubiera dejado de fulminar esa aberración mediante una enseñanza clara y contundente que pusiese sobre aviso a los católicos frente a esa horrenda realidad? Como dice Rosario Esposito, León XIII era un Papa de formas moderadas que, sin embargo, había recuperado un lenguaje durísimo para condenar la masonería en la entonces reciente encíclica *Humanun genus*. Después de tener lugar la supuesta entrevista con Taxil (en la que pretendidamente León XIII se mostró tan convencido e identificado con las denuncias del farsante), el Papa todavía iba a realizar tres declaraciones muy importantes sobre la masonería: *Ab Apostolici*, en 1890; *Praeclara*, en 1894; y *Annum Ingressi*, en 1902. Las dos primeras, antes de que tuviera lugar la traca final de la mascarada de Taxil y, por lo tanto, si hubiéramos de creer a Taxil, cuando León XIII aún estaría convencido de la realidad del Paladismo... Sin embargo el Papa que adoptó los tonos más severos —a los que no estaba inclinado naturalmente— para advertir a los fieles de los peligros de la masonería ¡jamás menciona ni el nombre ni la realidad del paladismo!

Pensemos en qué consecuencias hubieran podido extraer los enemigos de la Iglesia de la inclusión de una falsedad semejante en un texto del Magisterio Ordinario y universal de la Iglesia... Pero eso no sucedió.

Por lo tanto, se puede concluir que, si existió la audiencia papal para Leo Taxil, ignoramos el contenido de lo que dijo el Papa. Pero con toda certeza se puede excluir absolutamente que el Papa hiciera una valoración de la obra de Taxil como la que pretende el estafador, además de por lo ya dicho, por otra contradicción llamativa. Según Taxil, después de haber hablado el día anterior largamente con el Cardenal Rampolla, éste le habló de Taxil al Papa: «el informe verbal que el cardenal Rampolla le hizo al Santo Padre obtuvo para mí la acogida que yo esperaba (del Papa)». ¿Cómo es posible que alguien como León XIII, que había seguido la trayectoria de Taxil y se había molestado en obtener todos sus nuevos libros, y los había leído «de punta a cabo», necesitara del informe verbal del Cardenal para

concederle «la acogida que yo esperaba»?

Ahora, la moraleja de esta historia.

Una gran parte del público católico no especializado (y también gran parte del especializado) creyó «la novela del paladismo» y la historia de Diana Vaughan. Pero, ¿es que acaso eso muestra la infantil credulidad de los católicos? Alec Mellor explica que el engaño desbordó el ámbito de lo católico: «Uno de los mayores logros —de Taxil— fue la inclusión en la enciclopedia *Nueva Larousse Ilustrada* de dos entradas que ocupaban dos columnas: *Paladismo* y *Palladium*». Un paradigma laico de la sabiduría, como lo eran ya entonces los editores de la enciclopedia *Larousse*, hizo lo que la Iglesia no osó en ningún momento: dar reconocimiento a la existencia del paladismo. Esto demuestra que hay que situarse en el clima del momento para comprender que el nivel de confrontación entre las fuerzas del anticlericalismo y la Iglesia había alcanzado ya una intensidad tal que influía en la percepción que todos tenían de la realidad. Pero hay que insistir en que la Iglesia no asumió jamás en su magisterio estas teorías que, «aparentemente» hubieran podido «convenirle».

De nuevo, Mellor explica cómo fue precisamente del campo católico de donde surgió una poderosa resistencia a la «demonología» fantástica de Taxil. «Sin embargo, el espíritu crítico no había muerto en Francia. Los primeros en manifestar sus dudas fueron los exorcistas, cualificados “compañeros” del Diablo, y que no otorgaron ningún reconocimiento a Taxil, tan lejos se movía éste de lo que ellos conocían. Les siguieron varios autores católicos, entre los que hay que contar al canónigo Delassus, de la *Semana Religiosa de Cambrai*, o al padre Janniaud, en la *Semana Religiosa de Autun* (...) Gaston Mery puso en duda la misma existencia de Diana Vaughan desde su periódico». El más destacado de los oponentes de esta fabricación fue el ya citado padre jesuita Hermann Gruber quien, en una carta personal dirigida a un sacerdote «amigo» de Taxil, el padre Bessonies, le escribía el 20 de agosto de 1896:

«Desde el comienzo de estas revelaciones siempre he tenido la convicción de que las principales afirmaciones relativas a Pike y a su importante papel en la francmasonería, al culto y a las invocaciones del Demonio, a las profanaciones de la Sagrada Hostia en las logias, al soberano pontificado de Pike y de Lemmi y a una dirección centralizada de la francmasonería son completamente falsas. Cualquier persona que esté familiarizada con los hechos y con la historia de la masonería sólo puede reírse ante tales afirmaciones».

Pero entre los masones, ¿cómo se contemplaba el «culebrón» de Taxil? Algunos, que le conocían bien de su etapa anterior, dudaron de sus intenciones desde

el comienzo y se mofaron de él y de quienes confiaban en él. A muchos otros les parecía un episodio grotesco. Pero «en Italia —explica el masón Mellor— hubo algunos masones de grado 33 que aspiraban a convertirse en paladistas»... Una vez más se suscita el problema de si dentro de la organización se tiene una comprensión unívoca —aun para los iniciados en los grados más altos de la masonería— de la filosofía masónica.

Lo único que, como ha quedado expuesto, logró demostrar Jogand con su incomprensible esfuerzo mixtificador es que existía una guerra entre una forma de concebir la sociedad con independencia de toda referencia a la voluntad de Dios, y la Iglesia; guerra que se vivía como tal en todos los ambientes, de uno y de otro lado, y hasta de los que pretendían mantenerse equidistantes. En semejante contexto —dejando a un lado la importantísima influencia de las contrapuestas doctrinas del racionalismo y del fideísmo entre los católicos— había una predisposición a polarizarse, a entender la realidad en términos de conveniencia o de perjuicio para la propia causa. Esta tendencia apasionada, compartida por la generalidad de una población enfrentada, primaba sobre las exigencias de la razón. Un fenómeno de psicología de masas nada infrecuente tampoco en nuestros días.

Taxil engañó a muchos, cristianos y anticristianos, pero muchos otros mantuvieron la cabeza en su sitio y, sobre todo, el Magisterio de la Iglesia no varió ni un ápice su enseñanza a causa de los fuegos artificiales de Taxil. No podía ceder y no cedió a esa tentación.

PRIMERA PARTE

**¿QUÉ ES LA MASONERÍA?
SU DOCTRINA**

CAPÍTULO I

EL SIGILO ROTO

El secreto es uno de los ingredientes esenciales de la masonería y condiciona cualquier investigación que verse sobre la masonería. Albert G. Mackey, erudito francmasón y gran conocedor de la historia de la institución, afirmaba sin ambages en su *Enciclopedia de la Francmasonería* que las virtudes del secretismo y del silencio «constituyen la esencia misma de todo el carácter masónico. Son la salvaguarda de la institución, al proporcionarle toda su seguridad y su perpetuación; estas virtudes se afianzan mediante frecuentes admoniciones en todos los grados (de la masonería), desde los más bajos a los más elevados. El aprendiz comienza su carrera masónica aprendiendo que está obligado a guardar secreto y silencio». Es difícil ser más explícito. Los autores clásicos de la masonería han insistido siempre en el carácter sustancialmente secreto de la institución.

El objeto de cualquier investigación condiciona el método que hemos de seguir para estudiar dicho objeto. El hecho de que éste en concreto —la francmasonería— envuelva todo su ser bajo un manto de secreto, necesariamente afecta al método que hay que seguir para estudiarla. Eso no quiere decir que no se puedan alcanzar conclusiones ciertas, pero este factor da cuenta de las dificultades y también de la forma, en muchas ocasiones mediante referencias indirectas, en que logramos llegar a esas conclusiones válidas.

«La misma naturaleza de la francmasonería como sociedad secreta hace difícil la adquisición de certezas incluso sobre sus documentos y sobre sus autoridades internas, y por lo tanto nos hemos limitado a consultar solamente aquellas fuentes que cuentan con el reconocimiento y la recomendación de miembros reputados de la institución», advertía prudentemente el erudito padre Hermann Gruber a sus lectores antes de abordar su estudio de la masonería (entrada *Masonry*, en *Catholic Encyclopedia*).

Desde hace algunos decenios muchos masones han querido relativizar la importancia del secreto en los trabajos masónicos. ¿Cómo reconciliar la doctrina masónica anterior con esta nueva doctrina? En su libro *La Masonería, una orden iniciática*, Florencio Serrano y Francesc Xavier Altarriba dicen, contando con el apoyo de numerosos masones de alto rango, entre ellos el actual Gran Maestro de la Gran Logia de España: «La masonería no es una sociedad secreta. No puede existir una sociedad secreta perfectamente inscrita en el registro de asociaciones de un país, que esté registrada, amparada y obligada por las leyes del citado país». Y explican que «en ciertas épocas de la historia y en ciertos países donde la opresión totalitaria lo requería, la masonería, como organización, tuvo que actuar con ciertas pautas de secretismo y discreción como único medio de defensa contra la persecución». Serrano y Altarriba concluyen que «actualmente se puede afirmar que, como organización civil, actúa con los índices de discreción habituales en cualquier otra organización o asociación privada, sin el objetivo y el ánimo de crear secretismo alguno. Quien así lo desee puede acceder libremente a un registro de asociaciones en el que encontrará los nombres y la estructura de la organización masónica correspondiente».

Resulta difícil ver en qué sentido Serrano y Altarriba contribuyen a la clarificación del ser de la masonería con estas afirmaciones. Vertida al comienzo de su libro, la explicación de Serrano y Altarriba carece de cualquier correlato en la realidad. Es una pena comprobar que dentro del ambiente de la masonería todavía existe la propensión, al hablar de la institución, a dar explicaciones más propias de alguna de las muchas leyendas rosas de la masonería que de investigadores rigurosos.

Desde las Constituciones de Anderson (1723) hasta la actualidad, el testimonio ofrecido tanto por la documentación masónica como por los autores masones de prestigio habla del carácter secreto de la masonería. Por cierto que esa documentación masónica interna, fundamentalmente ritual, sólo se ha ido haciendo pública a raíz de exposiciones realizadas por ex masones: exposiciones que en algunos casos han recibido los desmentidos de las logias durante mucho más de cien años, hasta que la fuerza de la evidencia les ha forzado a reconocer la autenticidad de muchas de ellas, en todo o en parte.

La misma conclusión sobre el secretismo masónico se obtiene, indirectamente, de otro dato significativo: los investigadores no masónicos se han visto forzados a lanzar hipótesis, basadas en muchos casos en testimonios y pruebas sin suficiente fundamento (cuando no descabelladas) sobre la institución, precisamente por la falta de transparencia de ésta. Esta última categoría ofrece testimonios muy numerosos, sin que haga falta incluir en ella a los autores antimasones que han creído las teorías de la conspiración y han dado por buenas elucubraciones sin sentido.

Ya vimos, unos párrafos más arriba, que Serrano y Altarriba declaraban que en ciertas épocas la masonería tuvo que actuar con ciertas pautas de secretismo y discreción como único medio de defensa contra la persecución. Pero esta afirmación choca de lleno con los datos históricos, aceptados incluso por las mismas organizaciones masónicas. El citado Albert G. Mackey, al igual que Albert Pike, Robert F. Gould y otros muchos notables masones, vivieron en épocas y en países donde no había rastro de una «opresión totalitaria» que les obligara a defenderse de una inexistente persecución mediante el secreto y, sin embargo, son entusiastas partidarios del secretismo masónico, lo mismo que sucede con los rituales practicados en países como Suiza, Suecia, Dinamarca y muchos otros que no han conocido la represión de la masonería y han mantenido inalterada la exigencia del secreto masónico. Ferrer Benimeli cita un catecismo de la masonería de 1740, procedente de la pacífica Berna: «Prometo bajo mi palabra de honor no revelar jamás los secretos de los masones...», texto que concluye con la habitual aceptación de las penas por violar el secreto: «Si faltare a mi promesa, consiento en que me sea arrancada la lengua, cortada la garganta, atravesado el corazón de parte a parte...» En fin, la truculenta fórmula acostumbrada, que no parece justificarse por la presión ambiental.

Afirmar que el secreto masónico ha sido algo accidental y efímero debido a circunstancias ajenas a la misma masonería, como lo son la persecución, la incompreensión social o la represión, lo mismo que sostener que la masonería es una sociedad que cuenta con «los índices de discreción habituales en cualquier otra organización o asociación privada, sin el objetivo y el ánimo de crear secretismo alguno», es algo más que jugar con el equívoco.

El adjetivo calificativo «secreto» puede modificar al sustantivo «sociedad» de varias formas. Por «sociedad secreta» podemos entender «una sociedad cuyos integrantes ocultan su condición de tales» (por ejemplo, una asociación de malhechores), pero el sintagma también tiene el significado de «una sociedad que esconde un secreto». Dejemos bien claro que en este momento no interesa conocer la entidad, la relevancia o incluso la misma realidad de ese hipotético secreto: lo importante es que una sociedad puede ser secreta por custodiar algún pretendido secreto, consistente o no, del mismo modo que puede ser secreta porque el común de la gente no sabe quién es y quién no es miembro de ella. Serrano y Altarriba se acogen a ese equívoco para eludir el meollo de la cuestión.

En España, la francmasonería tiene desde 1979 reconocimiento legal, por lo que resulta un pleonasma decir que las organizaciones masónicas tienen que someterse, como cualquier otra forma de asociacionismo, a la legislación específica. Efectivamente, las logias se inscriben en los registros de asociaciones que, por

cierto, ofrecen una posibilidad de consulta bastante menos asequible de lo que dejan entender estos autores. Esa no es la cuestión.

La ocultación de la pertenencia a la masonería es un reflejo secundario de la pretendida custodia de unos secretos masónicos. De hecho, en España, sólo unos pocos masones se presentan públicamente como tales, mientras que la mayoría sigue manteniendo su condición en la penumbra.

La masonería resulta difícil de estudiar; basta contemplar la multitud de trabajos dedicados a ella con la pretensión de esclarecer su naturaleza y que llegan a conclusiones radicalmente contrapuestas, contraposiciones que se detectan incluso entre los trabajos de los propios masones, como veremos.

Numerosos investigadores, masones y no masones, afirman como Alec Mellor que «el secreto de la masonería es que no tiene secreto». Para ellos el secreto existiría pero consistiría sencillamente en la realidad personal e intransferible de la experiencia de aprendizaje moral adquirida por un masón mediante los simbolismos y los ritos prescritos en la logia. Para complicar más el tema, algunos —también masones— predicán este «secreto vacío» sólo de los tres grados de la masonería azul o simbólica, mientras que no se muestran tan claros respecto de los altos grados.

Algunos, como René Le Forestier, sostienen que realmente no hay ningún secreto en ningún grado y explican la motivación de unas personas que voluntariamente transitan por toda la escala del rito escocés (el más difundido de los ritos de los altos grados):

«... esperando siempre encontrar en un grado superior al que ellos habían alcanzado la revelación suprema que se les había prometido y desilusionados cada vez, los peregrinos del ideal perseguían de grado en grado un propósito en constante huida. Habían contado con descubrir en las logias la “verdadera luz” y se encontraban en presencia de un nuevo misterio; después de tanta búsqueda, de iniciaciones decepcionantes y de dinero gastado por los derechos de recepción y por los diplomas, seguían preguntándose todavía qué significaba la Palabra perdida y qué ocultaba el secreto masónico».

Alec Mellor, que califica a Le Forestier como poseedor de «una erudición inmensa», dice sorprendentemente (unos años antes de ser iniciado él mismo en la masonería regular) que ésta es «la verdadera explicación del fenómeno».

La francmasonería se ha resistido a difundir sus rituales y sus documentos internos todo el tiempo que le ha sido posible. Ahora la mayor parte de estos son accesibles con relativa facilidad para los interesados, pero hasta hace muy pocos años no era así. En 1952, el pastor anglicano Walton Hannah publicó en *La Oscuridad Visible* los textos de los rituales de los tres primeros grados de la masonería



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

¿QUÉ ES LA MASONERÍA? PREGUNTANDO SE VA AL GRAN ORIENTE

El 24 de junio de 1717 tuvo lugar una reunión en la que se fusionaron cuatro logias londinenses previamente existentes, y nació la Gran Logia de Londres. Era el punto de partida —ideal— de la masonería moderna o especulativa. Más adelante estudiaremos los antecedentes, reales y legendarios de este «Día de san Juan de verano». ¿Qué es lo que se fundó en aquella fecha? Conocemos su nombre y algunos de los hechos protagonizados por miembros de esta hermandad, aunque frecuentemente resulta difícil separar la realidad de la ficción. De nuevo, surge la pregunta: pero, ¿qué es la masonería?

Una de las muchas cosas sorprendentes que rodean a esta institución es que pocos investigadores se arriesgan a ir más allá de la enumeración de hechos y del análisis de algunos elementos presentes en ella, para adentrarse en un intento de definición seria.

Como estamos interesados en una institución creada por los hombres, lo procedente en primer lugar es preguntar, consultar a los mismos miembros sobre qué es la hermandad masónica.

En marzo del año 2007 veía la luz un libro titulado *La Masonería. Una Orden Iniciática*, escrito por Florencio Serrano y por Francesc Xavier Altarriba. El primero de los autores es masón de grado 33, y miembro del Supremo Consejo de dicho grado en España, máximo órgano del Rito Escocés Antiguo y Aceptado. Este libro además, como veremos, goza del respaldo del máximo responsable de la masonería azul regular, la obediencia más difundida en España.

Intentemos contestar nuestra pregunta a la luz de este libro.

Serrano y Altarriba describen a la masonería como «una antigua institución que reúne a hombres buenos que quieren ser mejores, libres y de buena reputa-



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

DEFINICIONES CLÁSICAS

«Un sistema especial de moralidad, oculto en alegorías e ilustrado por símbolos». Así definen muchos rituales masónicos a la francmasonería (p. e. *Irish Workings of Craft Masonry*, 1910.). Esta es la definición ritual de la masonería, pero prácticamente cada masón que ha escrito sobre la masonería ha ensayado su aproximación particular a la identidad de la institución. Ya hemos visto algún ejemplo.

Albert Mackey afirmaba que la mejor definición de la masonería para él era la de «una ciencia comprometida en la búsqueda de la verdad divina» (*Symbolism of Freemasonry*, 1869.).

El *Manual Universal de la Masonería* («*Handbuch*») dice que la masonería es «la actividad de unos hombres estrechamente unidos entre sí que, mediante formas simbólicas tomadas principalmente del oficio de los canteros y de la arquitectura, trabajan por el bienestar de la humanidad. Para ello se esfuerzan moralmente por ennoblecerse a sí mismos y a los demás y así lograr una hermandad universal del género humano. Ellos, en pequeña escala, forman ya esa hermandad».

Souast, partiendo del reconocimiento de la existencia del Gran Arquitecto del Universo y de la inmortalidad del alma, decía que la masonería era «una institución filosófica y filantrópica que con ayuda de símbolos y de signos particulares reúne a los hombres libres asegurándoles las ventajas de la asociación para el ejercicio de sus derechos y de sus deberes, ya sea con respecto a sus semejantes, ya para consigo mismo: su fin es el mejoramiento de las clases sociales, sus leyes las del progreso de la humanidad, pero haciendo abstracción por completo de toda fe religiosa».

Sintetizando las anteriores definiciones podemos obtener algunos elementos generales:



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

suelen seguir denominándose regulares, para no ser confundidas con las adogmáticas o irregulares.

Con independencia de otro tipo de consideraciones, la regularidad masónica es un criterio poco útil científicamente, pues al ser un concepto excluyente, sólo dice algo de aquellos a quienes se les aplica en sentido positivo (de los regulares), mientras que de aquellos a quienes se les deniega (de los irregulares) no nos dice nada, habiendo entre ellos grandes diferencias de las que no se da suficiente cuenta. A partir de ahora haremos referencia a la regularidad o a la irregularidad sin que ello implique ninguna toma de posición en ese litigio interno de la masonería, al igual que usaremos algunos términos «irregulares», como «masonería adogmática» o «liberal», en la medida en que estas terminologías están consagradas por el uso y por mor de una mejor comprensión de las referencias.

UNA EXIGENCIA NO TAN ABSOLUTA

La disparidad existente entre los masones en lo que toca al reconocimiento institucional de la existencia o no de un ser supremo se nos presenta como una diferencia aparentemente irreconciliable. ¿Estamos ante un primer obstáculo insalvable para determinar qué tipo de creencia tienen, unitariamente, los masones en lo tocante al orden en el mundo?

Puede que no sea así.

Los «mojones» o «límites del territorio», denominados casi universalmente con la palabra inglesa *landmarks*, son listados que recogen puntos inalterables de la esencia de la masonería especulativa tradicional o regular. Estos *landmarks* recogen la obligatoriedad de que los masones, para ser tales, reconozcan la existencia de Dios. Así, por ejemplo:

- El *landmark* número 19 de los recogidos por Albert Mackey: «Una creencia en la existencia de Dios como Gran Arquitecto del Universo es uno de los más importantes límites de la Orden (...) la negación de la existencia de un Poder Supremo y Vigilante de todo supone una incapacitación absoluta para la iniciación».
- Primer *landmark* de la lista elaborada por Luke Lockwood: «La creencia en la existencia de un Ser Supremo, en alguna revelación de su voluntad...».
- Número 8 de los *landmarks* de H. B. Grant: «Se exige la creencia incondicional en la existencia —y la reverencia de su nombre— de un Ser Supremo,



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

Desde el punto de vista de los altos grados, o masonería filosófica (que estudiaremos más adelante), la conclusión es también la misma. Albert G. Mackey declara que:

«La doctrina de la francmasonería es la misma en todos los lugares».

«Aunque las ceremonias y el ritual (...) varíen en los diferentes países, la ciencia y la filosofía, el simbolismo y la religión de la francmasonería continúan y continuarán siendo las mismas allí donde la auténtica masonería se practique» (*Encicl. Of Freemasonry.*)

El 26 de mayo de 1907, el *San Francisco Examiner* recogía la siguiente noticia:

«Por primera vez en la historia de la masonería, los masones de rito escocés del viejo y del nuevo mundo van a tener una convención internacional (...) que se celebrará en Bruselas el próximo 10 de junio (...) El Presidente de México, Porfirio Díaz, máximo representante del rito escocés en ese país, ha elegido al señor A. Nailor, de Washington D. C. para que represente a México en la reunión. (...) En la convención de Bruselas estarán representados los siguientes Consejos Supremos (del grado 33 del Rito Escocés Antiguo y Aceptado, n. d. a.): las jurisdicciones *del Norte y del Sur de los Estados Unidos de América, Francia, Bélgica, Italia, Irlanda, Inglaterra y Gales, Escocia, Portugal, Grecia, Hungría, España...*»

LA PARADOJA APARENTE

Por lo tanto, si la masonería es una, hay que concluir *a sensu contrario*, que la división en torno a la confesión del G.A.D.U. es un litigio secundario. En el siguiente capítulo estudiaremos el significado del símbolo del Gran Arquitecto del Universo en la masonería.

La historia, maestra de la vida, nos demuestra que efectivamente las fronteras entre masonería inglesa, regular y teísta (o deísta), y masonería continental, agnóstica e irregular, son más imaginarias que reales.

En la reciente historia de la masonería española el baile de logias y de adeptos que corporativa o individualmente han pasado —conservando su iniciación de origen— de la masonería regular a la irregular y viceversa es elocuente. A raíz de la crisis provocada por el Gran Oriente francés en 1877, algunas Grandes Logias de Estados Unidos, así como el Rito Escocés Antiguo y Aceptado, tan difundido en aquel país, se afiliaron al Gran Oriente de Francia. Hoy, sin embargo, la práctica



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

CAPÍTULO 5

G.A.D.U.: EL GRAN ARQUITECTO DEL UNIVERSO

¿Qué significa para los masones el Gran Arquitecto del Universo?

La masonería, aparentemente, carece de un discurso propio y específico sobre Dios. En algunos de sus métodos resulta conveniente —como soporte de la educación ética de la masonería— recurrir a la idea de un Ser Supremo, pero esta afirmación no es defendida por sí misma sino en función de una utilidad práctica, puesto que no se niega que «la única masonería» se pueda realizar mediante otros métodos que prescindan absolutamente de ese «instrumento».

El 19 de noviembre de 1945, Guido Laj, Gran Maestro del Gran Oriente de Italia (la obediencia conocida como «Palazzo Giustiniani»), decía:

«Si observáis uno de nuestros diplomas masónicos, un folio oficial con membrete, o si entráis en una logia masónica, podréis ver que dominan estas letras A.G.D.G.A.D.U. Sencillamente significan: A la Gloria Del Gran Arquitecto Del Universo. ¿Se trata de Zeus, de Júpiter, de Dios? Lo que queremos es afirmar la causa primera, el infinito creador, no interpretarlo. Existe. Decir cómo sea, o cuál sea, eso es algo que tiene que ver con la fe de cada conciencia individual. A nosotros, en cuanto agrupación, lo que nos sirve es el pensamiento del Creador dentro de la compleja manifestación de lo creado. Para nosotros, toda fe profesada y vivida sinceramente, que guíe y mantenga al hombre durante su vida, nos merece todo respeto».

«Si a la religión del deber, erigida en ley moral y que se remonta sobre nuestras escasas percepciones hasta llegar a la causa primera, no importa bajo qué forma se manifieste, la llamamos materialismo, podremos denominar así nuestra norma. Pero, ojo,



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

luz sobre la armonía subyacente y profunda que existe entre el aparente rupturismo del G.O.F. y el aparente conservadurismo de la G.L.U.I.

Los italianos iban a conservar inalterada la mención del Gran Arquitecto del Universo en sus trabajos y en sus templos, pero iban a suprimir cualquier exigencia explícita a este respecto para los adeptos, demostrando que el G.A.D.U. era poco más que una etiqueta en sí mismo:

«La decisión del Consejo de la Orden [...] nos parece inspirada por la más estricta lógica y por la más escrupulosa observancia de las leyes votadas en nuestras Constituyentes. De hecho, la masonería italiana, que ha conservado siempre y conserva, presidiendo todos nuestros actos, la antiquísima y universal fórmula A.G.D.G.A.D.U., ha declarado una y otra vez de forma solemne que aquella fórmula no representaba la síntesis de ningún sistema filosófico o religioso, sino que más bien se adaptaba felizmente a cualquier opinión. Y los hechos han dado la razón a quienes así pensaban, pues a ningún iniciado, ya fuera deísta, materialista o ateo, le impidió aquella fórmula entrar en nuestros establecimientos. Cualquier sistema filosófico puede fácilmente considerar esta fórmula como la síntesis de su propio principio regulador de la vida armónica del universo. Pero cuando en las logias, tras unas preguntas inoportunas y mal formuladas, se promueven discusiones sobre este argumento tan espinoso y tan controvertido, el desacuerdo de las opiniones se vuelve ardiente, y una cuestión muy abstracta genera perturbaciones muy concretas y muy dolorosas.

»La pregunta *¿qué debes a Dios?* constituye, en sí misma, una violación de la conciencia, puesto que implícitamente está admitiendo que Dios existe, algo que si para muchos es una verdad, para muchos otros es un error. De modo que si el iniciado responde que nada le debe porque no cree que exista, los deístas rápidamente lo atacan, mientras que los materialistas y los ateos lo defienden, y de este modo siempre suceden desagradabilísimas disputas.

»Las únicas preguntas que se deben dirigir a los aspirantes encerrados en la habitación de la reflexión, y a las que deben responder por escrito, son las siguientes: *¿Qué debes a la humanidad? ¿Qué debes a la Patria? ¿Qué te debes a ti mismo?* A este terreno se limita la acción de la masonería y no tenemos derecho a pedir nada que vaya más allá».

Como decía la *Rivista della Massoneria*: «Cualquier sistema filosófico puede fácilmente considerar esta fórmula [el Gran Arquitecto del Universo] como la síntesis de su propio principio regulador de la vida armónica del universo».

En este sentido, una carta de Garibaldi al también Gran Maestro Giuseppe Mazzini, de 24 de abril de 1872 resulta esclarecedora:



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

la política que con la excusa aparente y manida de la invocación al Gran Arquitecto del Universo.

Esta invocación es más una cuestión formal que de fondo y es perfectamente compatible con una visión del mundo atea, agnóstica, luciferina o deísta.

Antes de proseguir, recapitulemos lo que hemos examinado en este capítulo.

- La expresión «Gran Arquitecto del Universo» es una locución equívoca, ambigua, que «puede adaptarse a todos los gustos, incluso a los de un ateo».
- De hecho, «a ningún iniciado, ya fuera deísta, materialista o ateo, le impidió aquella fórmula entrar en nuestros establecimientos». ¿Por qué?...
- Pues porque «cualquier sistema filosófico puede fácilmente considerar esta fórmula como la síntesis de su propio principio regulador de la vida armónica del Universo». La fórmula «Gran Arquitecto del Universo» es lo suficientemente vaga y equívoca como para encubrir la síntesis de cualquier «principio regulador de la vida armónica del Universo».
- Lo que significa que la fórmula G.A.D.U. no nos aporta ninguna información sobre ese principio, no tiene ningún valor gnoseológico (salvo, como veremos, su incompatibilidad con la doctrina de la creación). G.A.D.U. es un principio que hace referencia a la «regulación de la vida armónica del Universo»: un principio ético.
- Por lo tanto, para los masones, G.A.D.U. puede simbolizar indistintamente y sin ninguna preferencia: Alá de los mahometanos, Yahveh de los judíos, el nirvana budista, cualquier principio animista, el Dios de los cristianos, la causa primera desde un punto de vista físico, o la materia, para un ateo materialista. Por este mismo motivo, desde el punto de vista de la teoría de la significación, un signo que lo significa todo en un determinado orden, en realidad no significa nada. Esta nada, de todos modos, de forma residual tiene un cierto valor gnoseológico que, como se ha dicho, se estudiará más adelante.
- Por último, no repugna al concepto masónico de G.A.D.U. que se haga significar a Lucifer: puede ser un dios, puede ser la materia del ateo, y puede ser hasta Satanás, sin que, ofrecidas las debidas explicaciones, ningún masón regular —por más que personalmente le repugne esta interpretación— pueda objetar nada desde el punto de vista de los *landmarks* y de la legislación masónica.

Ahora nos detendremos a examinar la distinción entre deísmo y teísmo, tal como se reivindica hoy en ambientes masónicos regulares.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

Es decir, el teísmo del masón regular se resume en que es formalmente obligatorio que todo masón crea en:

- Un Dios personal;
- Separado del mundo;
- Que actúa en el mundo.

Pero con las siguientes particularidades, siempre siguiendo a Serrano y Altarriba:

- Se debe creer de forma tolerante: no hay religiones falsas, todas son válidas;
- Nuestro credo debe tener universalidad: dejando aparte cada uno sus particulares opiniones, siendo buenos hombres y verdaderos, hombres de honor y honradez, cualesquiera que sean las denominaciones religiosas a las que pertenezcan (lo importante es la ética, no la religión);
- Se debe tener un concepto «de tendencia teísta, no sujeto al dogma ni a la interpretación o definición única de Dios».

Por más apego que se tenga al término «teísmo» (o antipatía a la palabra «deísmo»), hay que concluir que, gracias a estas particularidades, el teísmo descrito se parece al deísmo como una gota de agua a otra gota.

Los propios Serrano y Altarriba demuestran poco convencimiento en su defensa del teísmo, y no pierden ocasión para rebajarlo y vaciarlo de todo contenido dogmático: «El especial concepto *de características teístas* (sic) del Gran Arquitecto del Universo acaba siendo para la masonería tradicional un Principio Regulador Trascendente, un Principio Creador, una fuerza ordenadora, el Geómetra».

Al final, los citados autores tiran la toalla, sumiendo al lector en la perplejidad: «Esto no quiere tampoco decir que la citada masonería tradicional deba ser en la actualidad, específicamente, en su sentido estricto y purista, teísta o deísta».

¿En qué queda por lo tanto la solemne exigencia de las masonerías regulares de afirmar la creencia en Dios, el uso del volumen de la Ley Sagrada —cuando no, específicamente, de la Biblia o del Nuevo Testamento—, y de la convicción de la inmortalidad del alma?

Lo hemos visto en el capítulo anterior: cualquier forma de entender la realidad puede encajar en esta fórmula, sin excluir ni a la naturaleza representada por Lucifer, ni a la materia como principio último y autorregulador de todo lo existente. Como se trata de una exigencia «cosmética» o de «respetabilidad social», lo único que requiere es que cualquiera que sea la filosofía o creencia del adepto, acepte que esté representada por el símbolo del «Gran Arquitecto del Universo».



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

entre ambas, se permitiría a los adversarios de la masonería establecer con éxito una teoría (...), la de que los masones estaban dispuestos a sustituir las verdades del cristianismo por las enseñanzas de su Orden».

Mackey es más descarado al admitir cuáles son los términos reales del problema: si los masones no suelen hablar de la naturaleza religiosa de la masonería es por temor a espantar a los cristianos.

Pero Mackey no es de la misma opinión que sus hermanos españoles de hoy:

«Yo defiendo sin ninguna vacilación que la masonería es, en todos los sentidos de la palabra excepto en uno, y éste es el menos filosófico de todos, una institución eminentemente religiosa. Una institución que se debe sólo al elemento religioso que contiene por su origen y por su continuada existencia, y que sin ese elemento religioso apenas sería digna de que se dedicasen a ella los sabios y los buenos. Pero para que se me entienda rectamente será bueno que primero nos pongamos de acuerdo en la verdadera definición de la religión».

Mackey niega que la masonería sea en sí otra «secta religiosa» más: «No tiene la pretensión de asumir un lugar propio entre las religiones del mundo en cuanto otro sectario *sistema de fe y de culto*, en el mismo sentido en que distinguimos el cristianismo del judaísmo y a éste del mahometismo». Para Mackey, los sistemas de fe y de culto son dogmatismos sectarios que dividen a la gente.

La masonería, para «Vindex» no es una religión «entre otras»:

«La religión de la masonería no es sectaria. En su hospitalario seno admite a hombres de todo credo, sin rechazar a ninguno y sin tampoco aprobarlo por su particular religión. La masonería no es judaísmo, aunque en ella nada hay que ofenda a un judío; no es cristianismo, pero en ella nada repugna al cristiano. Su religión es la universal de la revelación natural y primitiva, que llegó hasta nosotros a través de algún sacerdocio antiguo y patriarcal, religión en la que todos los hombres pueden estar de acuerdo y de la que ningún hombre puede disentir. Inculca la práctica de la virtud, aunque no ofrece ningún esquema de cómo se redime el pecado».

Sickely, en su *Instrucción para el francmasón*, sostiene que la masonería es un tipo de religiosidad que

«completa al hombre en su moralidad y en su inteligencia, con un estado de religión suplementaria que le asegura la protección de la deidad y que le impide descarriarse,



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

recibe el calificativo de *un acto totalmente cristiano*. Lo que quiere decir que para hablar de masonería cristiana o de compatibilidad entre masonería y cristianismo hay que haber reducido la fe cristiana a una ética.

- Las «antiguas obligaciones de un francmasón», las famosas *Old Charges*, publicadas en 1723, hablan en su primer epígrafe («Sobre Dios y la Religión») de que «en épocas antiguas los masones estaban obligados a pertenecer a la religión de cada país o nación... Sin embargo, ahora se piensa que resulta más conveniente que *estén obligados sólo a tener la religión en la que todos los hombres coinciden*, dejando sus particulares opiniones para ellos mismos...» ¿A qué se refieren con la locución «la religión en la que todos los hombres coinciden»? Podría pensarse que se trata de una especie de filosofía de la religión natural, o de una Teología natural que recoja las verdades que son asequibles a la inteligencia humana sin la necesaria ayuda de una Revelación, o bien podría hacer mención a una reducción de las divergencias de las distintas religiones mediante la no consideración de los dogmas excluyentes, para dejar sólo lo que históricamente tienen en común: la existencia de un Dios remunerador... como denominador común y patrimonio religioso mínimo que ha de compartir todo masón... O bien, el texto podría referirse a una síntesis ecléctica de las religiones que satisficiera a la mayoría...

Estas hipótesis resultan poco convincentes, aunque las dos primeras hayan sido propuestas por masones y por no masones como explicación de ese pasaje y de otros muchos que tienen el mismo sentido.

La religión en la que todos los hombres coinciden no es otra que la superación del nivel de las apariencias, de los fenómenos, de las explicaciones míticas (la diversidad de dogmas de las religiones) mediante la iniciación, para elevarse hasta la fuente única y universal de la que supuestamente todas ellas manan, mediante un conocimiento intuitivo. Es la síntesis trascendente, radicalmente distinta a cualquier intento de síntesis ecléctica y material de las religiones. Como diría el gnóstico Frijtof Schuon, «todo lo que asciende converge», por lo que, para los masones, las religiones exteriores se mueven todavía en el plano de lo contingente y de lo aparente, mientras que la enseñanza que se adquiere en la logia —regular o irregular— es religiosa en otro sentido «más elevado», pues perfecciona al hombre por el conocimiento.

La masonería es un *cierto tipo* de religión, de un modo muy diferente al que lo son las otras religiones. Es, de algún modo, una religión —o participa de una religiosidad— no porque pretenda efectivamente que sus adeptos ofrezcan el culto



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

bre la conducta humana, que es tanto como decir de un Dios que no es Dios y que es aún menos que el hombre, el cual (...) sí tiene influjo sobre sus propias acciones. Es evidente que tal ateísmo práctico es la consecuencia de un ateísmo teórico, esto es, de concebir a Dios como no-Dios, que no es sino negar que Dios exista. Así, pues, para que esto pueda justificarse debe primero probar la validez racional de la negación teórica, sobre la cual se funda y de la cual deriva».

La moral que enseña la masonería rige y tiene vigencia *etsi Deus non daretur* (aunque Dios no existiese) y al margen de toda revelación; niega la intervención de Dios en la Historia, es decir, la Divina Providencia, y confía a la labor del hombre (iniciación y perfección moral) la superación del estado de ignorancia y de imperfección.

Las «oraciones» masónicas son rituales que buscan la educación de quien las realiza, no la intervención de Dios, o del G.A.D.U., en el proceso de perfeccionamiento propio o en el alma del orante.

La escuela masónica de la voluntad tiene como fundamento, unas veces explícito y otras implícito, que «aunque Dios existiese, nada en el mundo cambiaría para bien o para mal». Dios es tan sublime que las formas religiosas exotéricas, en su disparidad, no son más que mitos que, rectamente entendidos (a la luz de la enseñanza masónica), nos sirven para trascenderlos, para superarlos. De este modo, desde diferentes sistemas mitológicos (religiones exotéricas diversas), los masones de distintas adscripciones religiosas se encuentran en la «religión común a todos los hombres», más allá de los símbolos... con un Dios que no puede decir nada de sí mismo a los hombres. Según esta doctrina, hay un uso torpe de los símbolos exotéricos que consiste en tomarlos, como hacen los imperfectos, tal y como nos son dados y pensar que se refieren realmente a Dios. Mediante esta vía no llegamos a «conocer» realmente a Dios, y los signos, lejos de iluminarnos, nos ciegan y nos llevan a la confrontación entre nosotros (religión contra religión). Desde ese punto de vista masónico, los que creen imperfectamente en la literalidad de las religiones son propiamente desconocedores de Dios, es a ellos a quienes corresponde con más derecho el epíteto de «ateos». De este modo, «liberándose de estas “supersticiones” el hombre realiza en la tierra la justicia y la felicidad perfecta. Éste es el mito que alimenta la edad de la ilustración: abatir el viejo edificio, demoler las ilusorias esperanzas de una felicidad ultraterrena y reconstruir una nueva sociedad humana, confiada en sus solas fuerzas racionales que, infaliblemente, por medio de la omnipotencia de la ciencia, habrá de conquistar la felicidad» (Sciacca.).

La concepción de ese Dios masónico, el G.A.D.U., es la premisa teórica del sistema moral masónico. Al constatar la existencia de ese método de formación



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

EL DEÍSMO

«Un deísta es un hombre que no ha tenido aún tiempo de llegar a ser ateo», decía De Bonald; y Sciacca le matiza diciendo que, en realidad, «el deísta es en el fondo un ateo que no quiere llamarse tal»:

«En la historia del pensamiento, el deísmo presenta formas múltiples y diversas; se puede llamar deísta a aquella doctrina que niega toda religión positiva y revelada y hace de Dios un puro ente de razón, que casi siempre es identificado con el orden de la naturaleza y con la naturaleza misma (y en este caso no se distingue del panteísmo) o con el Principio o Causa que rige y gobierna el mundo. En este sentido, en la antigüedad se pueden llamar deístas Aristóteles y Plotino, en los tiempos modernos Spinoza... además de los deístas verdaderos y propios, como Herbert de Chirbury, Toland, Voltaire, Rousseau, o el mismo Kant».

De esa concepción de «Dios» se desprende el espíritu antirreligioso:

«El deísmo —prosigue Sciacca— es la manifestación más significativa, y probablemente la más audaz, del espíritu antirreligioso y de la exaltación de la libre y omnipotente razón. De hecho es polémica contra toda religión positiva (católica, protestante, hebraica), contra cualquier forma de culto, de dogma y de lo sobrenatural».

Al igual que la masónica «religión en la que todos los hombres están de acuerdo», el deísmo recibe también el nombre de «religión natural»:

- a) en cuanto admite sólo aquella verdad que se puede descubrir y demostrar con la sola razón (existencia de Dios, inmortalidad del alma, etc);



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

EL PANTEÍSMO Y EL MONISMO

«La forma de ateísmo más docta, más filosófica y hasta cierto punto más crítica, es el panteísmo», explica Sciacca.

El panteísmo filosófico tiene «dos formas fundamentales: a) la reducción de Dios al mundo, lo único real: Dios es la unidad de lo que existe, la suma de sus partes; y b) la reducción del mundo a Dios, del que el mundo no es sino un conjunto de manifestaciones o de emanaciones sin realidad permanente y sin una sustancia propia distinta de la divina». Al primero lo llamamos panteísmo cósmico (Dios queda reducido al cosmos) y al segundo, acósmico (el cosmos pierde su consistencia, reducido a Dios).

El panteísmo cósmico, en el que Dios se identifica con el mundo, es el monismo. Es ateo y materialista. Para este panteísmo la única realidad que existe es el mundo (Naturaleza, Cosmos, Universo), que existe por sí mismo y da razón de sí mismo: el mundo es el único ser, «se desenvuelve y se explica desde sí mismo y por sí mismo»; este mundo «se hace Dios, es el mismo Dios. Pero es evidente que aquí el término Dios no significa nada, no tiene sentido: Dios no existe, sólo existe el mundo, la materia o cierta cosa material, originaria y dotada de energía vital que se desenvuelve desde sí misma y por leyes propias». Es, como vemos, una auténtica concepción atea de Dios que, sin embargo, encaja sin excesivos problemas con el símbolo Gran Arquitecto del Universo.

El panteísmo cósmico es ateo y materialista; sin embargo, no renuncia explícitamente a la palabra «Dios». El panteísmo acósmico tampoco y, por paradójico que resulte, generalmente ésta constituye una explicación filosófica con un intenso valor psicológico-religioso:



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

no está convirtiendo al G.A.D.U. masónico en el Dios de la Iglesia católica, sino que está otorgando impropriamente el nombre de Dios al Gran Arquitecto masónico. Obrando de este modo, el católico que a la vez es masón ya está extrayendo «las inevitables consecuencias de la adquisición de creencias libres». Está rechazando la fe sobrenatural en Cristo y en su lugar está conservando exclusivamente una palabra sin contenido. Lo advierta o no.

El panteísmo espiritualista —la segunda modalidad panteísta— es multiforme, pero sus distintas variantes tienen planteamientos comunes, según Sciacca:

- a) la reducción de la multiplicidad de los seres a la unidad ontológica de un único e idéntico Ser. El ser del mundo, emanado o procedente de Dios, es el ser mismo de Dios;
- b) Dios queda, por tanto, “encadenado” al mundo, a este mundo, el único posible, de él emana eterna y necesariamente y a él torna para identificarse, como las gotas de agua que, abandonadas temporalmente en la playa por el flujo de las olas, son reabsorbidas por la ola que sucede a la anterior.

En todas las formas de panteísmo espiritualista «el mundo es reducido a apariencia o ilusión. Ésta es una de las invencibles contradicciones presentes en todo panteísmo como tal».

Antes de concluir el capítulo, recapitulamos:

- un masón regular está obligado a reconocer la existencia de un Gran Arquitecto del Universo;
- puede reconocer al G.A.D.U. sin necesidad de profesar simultáneamente una religión positiva;
- pero también puede «pertenecer» o «sentirse» vinculado a alguna religión positiva, en cuyo caso, o bien ha reinterpretado conscientemente los dogmas de esa religión positiva en sentido simbólico, o aún no ha comprendido la incompatibilidad manteniéndose en «un estado de eclecticismo, debido al cual mantiene en su mente, sin coherencia, principios y conceptos de idealidades opuestas (es decir, de una religión de acuerdo a sus dogmas y de la masonería), sin preocuparse de la contradicción que surge, y sin ni siquiera advertir que esta contradicción existe»;
- en todo caso, como «la conciencia masónica se va adquiriendo por grados, conforme se van frecuentando los trabajos cada cual podrá ir formándose sólidas convicciones», lo que significa que para la masonería ese estado de ecteci-



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

EL NATURALISMO, RAÍZ FILOSÓFICA DE LA MASONERÍA

La doctrina de la masonería se erige para el masón en clave de interpretación de toda otra doctrina. Con esa premisa, la masonería acepta que sus adeptos profesen una religión positiva. Si, por el contrario, la profesión de esa otra religión implica para un masón aceptarla en su valor literal, es decir, aceptar que la religión se constituye en última instancia de interpretación de la vida para él, enunciando la voluntad de Dios, la masonería reprueba firmemente esa filiación, tachándola de fanatismo. Ahí radica el valor religioso de la masonería.

Desde el punto de vista filosófico, la raíz de la doctrina masónica es el racionalismo o naturalismo. Estos dos conceptos no son sinónimos, pero están íntimamente relacionados. En este contexto, el racionalismo hace referencia principalmente a una teoría del conocimiento.

La tercera proposición condenada en el primer capítulo del *Sílabo o Elenco de los errores modernos* del Papa Pío IX (8 de diciembre de 1864) ofrece una definición del tipo de racionalismo seguido en la masonería:

«La razón humana, sin tener en cuenta para nada a Dios, es el único árbitro de lo verdadero y de lo falso, del bien y del mal; es ley de sí misma y por sus fuerzas naturales basta para procurar el bien de los hombres y de los pueblos» (Denz. 1703).

El Concilio Vaticano I explica que, para el racionalismo extremo, la «razón humana es tan independiente que Dios no le puede mandar la fe» (Denz. 1810). Todo sistema de pensamiento que rechace la posibilidad de la Revelación es un racionalismo. El elemento constitutivo formal del racionalismo es la absoluta autonomía de la razón.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

En el estudio de la organización masónica haremos un breve repaso de los datos y de los documentos que pueden atribuirse a la institución, mientras que al abordar la historia de los principios o de la doctrina masónica nos toparemos con diferentes personas, organizaciones y movimientos que, ajenas y sin guardar relación con la futura organización masónica, produjeron, difundieron y transmitieron ideas que posteriormente iban a encontrar acogida en la masonería. En un capítulo aparte trazaremos una genealogía más intelectual de las corrientes de pensamiento que influyeron en la masonería, principalmente la tradición oral judaica que se conoce como la Cábala.

Resulta asombroso que la distinción de Della Campa, tan llena de sentido común y que constituye el punto de partida de esta investigación, resulte prácticamente desconocida antes de él. En el ámbito masónico no solamente se ha buscado el abrigo de la «sombra», sino que se ha sacado buen partido propagandístico de esa misma penumbra. Por una parte, como ya denunciaba «Dantón» (pseudónimo de un desconocido masón español que realizó una monumental historia de la francmasonería en los años 1882-83), para retrotraer sin escrúpulo el origen de la hermandad cuanto más atrás mejor, con la intención de dotarla así de mayor autoridad. Pero, por otro lado, esa oscuridad en la que se ha movido la masonería también ha facilitado que se atribuyese sin ningún escrúpulo la condición de masones a personajes extraordinarios, con el mismo fin de acrecentar la aureola de excelencia en torno de la hermandad. Alec Mellor cita algunos Grandes Maestros ficticios y legendarios, alguna vez reivindicados dentro de la masonería: Alejandro Magno; el rey Arturo; Cromwell; la reina Elfride de Inglaterra; Fo-Hi, emperador de la China; Godofredo de Bouillon; Hugues de Payens; Jacobo II de Inglaterra; Jacques de Molay; Jesucristo; Julio César; Moisés; Noé; Numa; Ricardo Corazón de León; Rómulo; el rey Salomón; San Albano; San Miguel Arcángel; o Tubal Caín.

Esta manía de inventar una historia antiquísima y repleta de miembros egregios la heredó la masonería moderna de sus antepasados, los auténticos constructores medievales, cuyos documentos más antiguos rebosan de esa exuberante creatividad histórica. Pero si esa opulencia creativa en el siglo XIV resultaba relativamente ingenua (las corporaciones de constructores reclamaban una remota antigüedad para aumentar el prestigio social del gremio y sin ningún afán ideológico), a partir de los siglos XVII y XVIII, la elevación de ese prestigio social se transformaba en *leyenda áurea* para facilitar la difusión de la nueva doctrina masónica tal como la hemos estudiado ya en la primera parte. Al dar cuenta de esta realidad, el masón Mellor se muestra avergonzado:

«Los clérigos que en el siglo XIV dieron a la francmasonería operativa el manuscrito *Regius* o el manuscrito *Cooke*, tenían la excusa de ser unos piadosos hagiógrafos [Me-



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

Los masones modernos llamaron —sobre todo a partir del siglo XIX— a la masonería antigua «masonería operativa» y ellos mismos se autodenominaron «masonería especulativa». La razón salta a la vista. Con esta forma de distinguir las dos masonerías se pretendía que la diferencia entre ambas radicaba en la forma de realizar el trabajo masónico: los antiguos tallaban físicamente las piedras con las que levantaban las catedrales tangibles, mientras que los modernos masones realizan también la magna obra de construir la catedral interior (arquetipo de la catedral corpórea), es decir, la perfección humana de sus miembros, mediante símbolos y alegorías.

Esta nomenclatura, consagrada por el uso, encierra un sofisma. Al calificar la masonería antigua de operativa por oposición a la moderna, especulativa, los masones modernos están aprovechando una diferencia evidente (el trabajo manual de unos, por oposición al intelectual o especulativo de los otros), para deslizar la idea de que esencialmente, en el fondo, el objeto del trabajo masónico moderno es el mismo que el antiguo: la logia como taller de perfección personal y social. No hay ninguna prueba de que eso fuese así y todos los esfuerzos de los masones modernos por establecer una identidad sustancial entre la masonería antigua y la moderna no dejan de ser apropiaciones ilegítimas mediante la interpretación anacrónica de realidades antiguas que en su contexto eran entendidas de un modo diferente. Bastaría con señalar, como más arriba, que

- la masonería original tenía una finalidad meramente profesional, y que compartía la creencia en la fe católica de toda la Cristiandad;
- esta corporación fue sufriendo un proceso de transformación, en el orden espiritual por su progresivo alejamiento de la fe católica y su acogimiento de doctrinas esotéricas, tendencia que se radicaliza con la escisión protestante; y por otro lado, en el orden material, su razón de ser profesional se va desdibujando al abrirse paso otros estilos y técnicas constructivas;
- fruto de esos factores se produce una transformación radical respecto de la organización original, tanto en su aspecto doctrinal como en el material: ya no es ni una institución católica ni un gremio profesional. Se ha convertido en la sociedad filosófica que llega hasta nosotros.

LOS ALBORES DE LA TRANSFORMACIÓN

En correspondencia con las fases citadas, se distinguen convencionalmente tres periodos en la historia de la organización masónica:



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

De 1390 aproximadamente data el segundo documento que pertenece propiamente a la masonería operativa. Se trata del poema *Regius*, que hace mención explícita al gremio y que fue escrito por un clérigo anónimo. El manuscrito se encuentra en el *British Museum* de Londres.

El manuscrito *Cooke* es el tercer documento más antiguo de la masonería operativa y su redacción se fija en torno al año 1425. Está escrito en prosa. En él se puede leer que la primera regla del masón (del cantero) es:

«Amar a Dios, a la Santa Iglesia y a todos los santos»

Esta piadosa declaración, demasiado «sectaria» para los futuros masones especulativos, está circundada de fantásticas leyendas sobre el remoto origen de la confraternidad. En este documento, por primera vez, aparece la palabra «especulativa», pero no con el sentido que, casi tres siglos más tarde, adquirirá en la masonería moderna, sino «como sinónimo de teórica, y se aplica a la geometría por oposición a la construcción material», dice Mellor. También está depositado en el *British Museum*.

Los anteriores documentos provienen de Inglaterra. En otro extremo de la Cristiandad, en Ratisbona, se fechan en 1459 unos estatutos de la confraternidad local de constructores. Fueron publicados en 1782 por el abad Grandidier. Este documento prueba que, «dentro del régimen corporativo de la Edad Media», la vieja hermandad de constructores «formaba parte de los oficios jurados, llamados así porque en ellos se entraba bajo juramento, diferenciándose de los oficios libres o cuerpos sin organización formal», explica Pedro Álvarez Lázaro, y añade que aquellas corporaciones de constructores «se diferenciaban del cuerpo más general de los trabajadores de la construcción». Según Álvarez, los Estatutos de Ratisbona contienen «importantes elementos de la masonería operativa contemplada como organización educativa (...) Descubrimos cómo aquellos hermanos medievales recibían una instrucción graduada dentro de un preciso proceso de aprendizaje, cuáles eran sus obligaciones ético-religiosas y el carácter iniciático y simbólico de su enseñanza». Ya ha comenzado el proceso de transformación de las piadosas confraternidades. Estamos, no hay que olvidarlo, a menos de sesenta años de que explote la crisis protestante que acarreará la desaparición de las viejas cofradías. Este proceso, que solamente en Inglaterra iba a desembocar en el establecimiento de la masonería especulativa, se produjo en gran parte de la Cristiandad.

La forma misteriosa de los rituales masónicos actuales ya se puede hallar en sus rasgos esenciales en los documentos de esta época.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

val. En el tiempo de Ashmole existía entre la gente educada un difundido sentimiento de que algo vital perteneciente al mundo antiguo sin duda se había perdido (y era necesario recuperarlo: véase por ejemplo la *Nueva Atlántida* de Francis Bacon, de 1627), al igual que el mundo de los monasterios, con todo lo que implicaba, y la época de la caballería también se había perdido. Los inicios del siglo XVII contemplaron el nacimiento de un nuevo interés en la mitología de la Atlántida, en la alquimia, y en la idea hermética de una “prístina teología”: aquellos granos de la sabiduría original habían pasado de una generación a otra desde la primera antigüedad a través de círculos herméticos de iniciados. Quizá, convertirse en un masón aceptado en la época de Ashmole era una manera de aferrarse a un cierto sentido de raigambre, mientras el Estado estaba demasiado ocupado decapitándose a sí mismo después de un siglo de alborotos religiosos».

La época de Ashmole, muy diferente a la nuestra, guarda sin embargo algunas similitudes con el mundo actual. Los contemporáneos del erudito inglés habían padecido un siglo de contiendas dinásticas, religiosas y políticas, que se habían saldado con la consolidación de un régimen de monarquía parlamentaria, esencialmente liberal, y con el progresivo afianzamiento de la *Iglesia establecida*, la Comunión anglicana, un receptáculo vacío en el que podían convivir diferentes «sensibilidades», desde la protestante radical hasta la *filo-católica*. La sensación era de orfandad. El Cielo se había alejado de los hombres, o más bien los hombres se habían alejado del Cielo. El sentimiento de que el mundo se había «desencantado» o, como dice Churton, de que «algo vital se había perdido», empujaba a muchos a imaginar la existencia de una corriente de transmisión de un saber místico y secreto, y a aspirar a formar parte del selecto grupo de hombres que bebían de ella. Este sentimiento es como un residuo de la verdadera actitud religiosa del hombre. Pero al hombre del siglo XVII, decepcionado por las guerras de religión, como al hombre del siglo XXI, aburrido ante un saber científico y técnico que parece ser la única explicación de lo real, le atraía buscar esos pretendidos saberes ocultos que satisficieran al mismo tiempo una inagotable curiosidad y un vago sentimiento de religiosidad.

Elias Ashmole fue iniciado en la masonería apenas dos años antes de que se firmaran los Pactos de Westfalia en los que, sin contar con el Papa, las potencias protestantes y católicas ponían fin a la guerra de los treinta años, guerra de religión que había diezmado gran parte de Alemania, de la Europa central y del norte. Ese tratado, fruto del cansancio, del dolor y de la desesperanza, obtenía una paz que pretendía ser perpetua y que resultó trágica. Los Pactos de Westfalia constituyen el acta de defunción del sistema político de la Cristiandad. En ellos se



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

lugar de encuentro de hombres de cierta cultura, con inquietudes intelectuales, interesados por el humanismo como fraternidad, por encima de las separaciones y de las oposiciones sectarias (...) Les animaba el deseo de encontrarse en una atmósfera de tolerancia y fraternidad».

En 1728, el inglés duque de Wharton comenzó la masonería en Francia, erigiendo la primera Gran Logia de Francia y dando inicio a la conflictiva historia de la orden en el país galo.

El mismo año Wharton también fundó la primera logia española, en el número 17 de la madrileña calle de San Bernardo.

El 28 de abril de 1738 se publica la bula *In eminenti*, del Papa Clemente XII. No habían transcurrido aún veintiún años desde la reunión en la taberna de *El Ganso y la Parrilla*, quince desde la publicación de las Constituciones de Anderson, y sólo diez del desembarco de la nueva masonería en Europa continental. El Papa impone la pena de excomunión *latae sententiae*, sin que sea necesario declararla en cada caso particular, simplemente por el mero hecho de participar en cualquier modo en «esas sociedades, asambleas, reuniones, agregaciones o conventículos», y esta imposición afecta a «todos los fieles de Jesucristo, sea cual sea su estado, grado, condición, rango, dignidad o preeminencia, seculares o clérigos, seculares o regulares».

A partir de entonces, los tribunales de la Santa Inquisición entenderán de casos de francmasonería. El masón Clavel narra uno de ellos, que tuvo lugar en Madrid en 1757:

«El hermano Tournon fue arrestado el 2 de mayo por los dependientes del Tribunal, y fue trasladado a un calabozo de la Inquisición. Bien pronto tuvo lugar la primera audiencia, llamada de amonestación. Después de haber interrogado al acusado su nombre, profesión, patria y el motivo que le había impulsado a venir a España, etc., se le preguntó si pertenecía a alguna sociedad masónica, a lo que contestó haber sido admitido en ella en una logia de París (...)

»Interrogado sobre la religión, respondió que era católico. Se le dijo que la francmasonería era contraria a las doctrinas de la Iglesia Romana, a lo que repuso que jamás había oído proferir en las logias la menor palabra que justificase semejante aserción. A esto se le objetó la indiferencia de los masones en materia de religión, añadiéndole que el sol, la luna y las estrellas eran adorados por los miembros de la sociedad. En vano se esforzó el reo para probar que la tolerancia masónica no llevaba consigo la indiferencia religiosa, que cada uno era libre de adorar a Dios, según el modo y forma que se le había enseñado, y que las imágenes del sol, la luna y las estrellas se exponían en las asambleas de ma-



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

Si la masonería busca encontrar la fraternidad humana, dejando al margen los dogmas, un precio a pagar es el de que cada masón tenga su propia interpretación que rivalice con las demás. El método para salir de ese atolladero ha sido un rígido voluntarismo, es decir, forjar una estrecha disciplina que llevase a aceptar decisiones como las arbitrarias citadas. Esa combinación de agnosticismo dogmático y de autoritarismo ha demostrado ser raíz de discordias sin número.

LA REVOLUCIÓN FRANCESA

El 5 de mayo de 1789 se reunieron los Estados Generales del reino de Francia. Cuarenta y tres días más tarde, el Tercer Estado se declaró Asamblea Nacional. Había comenzado la Revolución francesa. Después vendrían la Constitución Civil del clero, el destierro de los sacerdotes refractarios al juramento constitucional, la ejecución del rey Luis XVI, la política del terror, el exterminio de miles de vándeos... ¿Qué papel jugó la masonería en la preparación de la Revolución? Éste ha sido siempre un tema favorito de la anti-masonería «conspiracionista», iniciada por el sacerdote —«el abate»— Agustín Barruel con sus *Memorias para servir a la historia del Jacobinismo*. Y que sigue teniendo no poca aceptación entre abundantes antimasones. Un agudísimo pensador como lo fue Auguste Cochin también tendía a otorgar excesiva importancia a la participación de la organización masónica en el advenimiento de la Revolución francesa, aunque su disección de las *sociedades de pensamiento* sigue teniendo plena vigencia y ofrece, ella sola, una mejor explicación de aquellos acontecimientos.

Para algunos investigadores y defensores de la teoría de la conspiración, la masonería habría sido el laboratorio en que se urdió la Revolución francesa; pero esa convicción no es patrimonio exclusivo de los adversarios de la institución: otros, desde posiciones simpatizantes con la Orden también llegan a conclusiones semejantes (p.e. Léonce Maitre). Otros más, sin embargo, han considerado, como dijo en 1921 Bernard Wellhoff, Gran Maestro de la Gran Logia de Francia, que «el movimiento revolucionario no fue el fruto de una conspiración urdida tras las columnas del templo, sino la explosión de una cólera generalizada contenida durante mucho tiempo».

Gaston Martin fue un investigador que no escondía sus simpatías hacia la masonería. En su *La franc-maçonnerie et la préparation de la révolution de 1789* daba cuenta del confuso estado de la cuestión:



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

»En el fondo, la contradicción es sólo aparente. Los masones de Rennes y los masones de Saint-Brieuc ponen de manifiesto, en efecto, los dos aspectos de la cuestión. La francmasonería no ha creado la doctrina revolucionaria, pero ella ha contribuido a hacerla pasar de la teoría a la práctica. Es en ese sentido en el que se diferencian las logias de las salas de lectura: aquéllas no se contentan con hacer un proselitismo social, sino que fijan los métodos propios para asegurar la realización de sus doctrinas».

Para Gaston Martin, la doctrina revolucionaria no nació en las logias, pero compartía con aquellas un fondo deísta, un anticlericalismo, una creencia en el progreso y en la indefinida perfectibilidad humana por medio de la ilustración; y además, la masonería no sólo formaba parte de un panorama intelectual más amplio, sino que contribuyó a que la revolución pasara «de la teoría a la práctica», fijando «los métodos propios para asegurar la realización de sus doctrinas».

Los matices que señala Martin pueden parecer irrelevantes, pero con su descripción está reflejando la norma de actuación de la masonería en casi todas las agitaciones políticas, desde el siglo XVIII hasta, por lo menos, la mitad del siglo XX: la hermandad se muestra solidaria con las doctrinas «progresistas» y coadyuva a su triunfo. El antimasonismo especula con una inteligencia única que conspira y organiza sus tentáculos para llevar a término un plan preciso. Al razonar así, los ingredientes de verdad que fundamentan esa observación (la indudable solidaridad de la masonería con los movimientos revolucionarios en los siglos XVIII y XIX), su anticlericalismo y su pensamiento ilustrado, quedan desvirtuados merced a una tendencia irracionalista y mítica, que es propensa a buscar una explicación única a un fenómeno complejo.

Cien años después del comienzo de la Revolución, en 1889, tuvo lugar un congreso masónico. El hermano Amiable intervino para leer su informe:

«Los francmasones tomaron una parte activa dentro del gran y saludable movimiento que se produjo en el país. Su influencia fue preponderante dentro de las asambleas primarias y secundarias del Tercer Estado para la redacción de los cuadernos y para la elección de los delegados».

La masonería, en líneas generales, no escondió su participación activa y hasta «preponderante», pero no hay indicio de que aquel «gran y saludable movimiento» fuera planeado tras las columnas del pórtico masónico y, aunque fueron excepciones, no dejó de haber masones que se opusieron al avance de la Revolución. Aquel movimiento tuvo muchos ingredientes. De hecho, por asombroso que parezca, las tendencias galicanas de la corona francesa, que hundían sus raíces más



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

El mayor desarrollo de la Cábala tuvo lugar en España, durante la Edad Media. En el momento en que la Cábala alcanzaba su apogeo en España, a finales del siglo XIII (el *Zohar*, libro sagrado de la Cábala, se escribió en 1275), hace aparición también el sistema teosófico de Ramón Llull (o Raimundo Lulio, en versión latina). Llull nació en Palma de Mallorca en 1235. Tras una juventud galante y desenfrenada, se convirtió y se adentró en la religión. Sus preocupaciones, a decir de Menéndez Pelayo, fueron: «La cruzada a Tierra Santa, la predicación a los judíos y musulmanes, y un método y una ciencia nueva que pudiese demostrar racionalmente las verdades de la religión para convencer a los que viven fuera de ella». Llull falleció en 1315 a causa de la lapidación que sufrió en el norte de África cuando predicaba la fe a los mahometanos. Llull, genio polifacético, llevado por su afán apostólico, anhelaba encontrar una vía que permitiera persuadir a los incrédulos de las verdades de la fe. Estaba por entonces en su apogeo también la polémica con los averroístas que establecían una escisión radical entre la fe y la razón. Llull tenía en mente a los judíos y mahometanos, pero también a los averroístas cuando se lanzó a una empresa arriesgada, la de hallar una forma de persuadir racionalmente de las verdades de fe. Es sabido que la Iglesia enseña que las verdades estrictas de fe están por encima de la razón (por ejemplo, la Trinidad de personas en Dios) y que, por lo tanto, directamente no pueden ser probadas racionalmente. Santo Tomás de Aquino decía que «en las discusiones con los infieles» no se ha de intentar probar racionalmente la fe, sino defenderla racionalmente. Desde el punto de vista de la intención apologética que movía a Raimundo Lulio no cabe duda de su rectitud, pero se aproximó demasiado a lo que sería una Teología racional, un esfuerzo meramente racional de explicar los misterios cristianos. Su sistema —que se ha denominado globalmente el *Arte Luliano*—, al menos en cuanto al método, sufrió la influencia del racionalismo cabalista. «La Cábala española tiene en la base la doctrina de las diez Sefirot y de las veintidós letras del alfabeto hebreo. Las *Sefirot* se derivan del *En-Sof* impronunciable, y sus nombres son *Gloria, Sapientia, Veritas, Bonitas, Potestas, Virtus, Eternitas, Splendor* y *Fundamentum*. Es evidente el paralelismo con las nueve *Dignitates Dei* (dignidades de Dios) de Llull, que se derivan de una A innombrable», explica Yates, y añade:

«Las dos principales características del Arte Luliano, es decir, su base en los Nombres o Dignidades y la técnica de combinar letras, también son características de la Cábala».

Aunque Llull eludió cuidadosamente incurrir en desviaciones doctrinales, su método de origen cabalístico era susceptible de otras aplicaciones más conformes



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

El pensador emblemático de este tiempo es John Dee (1527-1608), quien en 1570 escribe un prólogo «matemático» a la obra de Euclides en el que invoca la autoridad de Cornelio Agripa para afirmar la existencia de los tres mundos. Dee será el patriarca de los cabalistas «cristianos» en el Reino Unido. Se presenta como admirador de Pico, de Reuchlin, de Giorgi y de Agripa. «Dee era un brillante matemático y un entusiasta propagandista de los estudios científicos y, simultáneamente, un invocador de los ángeles, a la vez que se consideraba a sí mismo como un ardoroso cristiano reformado», comenta Yates.

Dee, hijo de un miembro de la corte de Enrique VIII, vino al mundo pocos años antes de que se consumara el cisma de Inglaterra. En aquellos años se estaba fraguando el enfrentamiento y el problema del divorcio del rey. Dee fantaseaba con su parentesco con los Tudor y afirmaba descender del rey Arturo. Intensamente empapado de filosofía neoplatónica, su enorme biblioteca incluía los títulos de todos los cabalistas renacentistas.

Desde el Renacimiento, la filosofía neoplatónica, la alquimia y el cabalismo cristiano anduvieron de la mano con los estudios matemáticos y progresaron a la par.

En 1583, Dee emprende un viaje por el continente europeo que va a durar seis años. Dee visitó varios países de Europa central, visitó al emperador Rodolfo II en Praga y pasó la mayor parte del tiempo en Bohemia, hospedado por una familia noble interesada en la alquimia y las ciencias ocultas. Durante aquel largo viaje se hizo acompañar por un ayudante, Edward Kelley, con quien se dedicó a la experimentación alquímica y a la invocación de los ángeles, conforme a la magia de la Cábala. En su diario, Dee afirma haber contactado durante esta época con los ángeles Uriel y Gabriel, así como con otros espíritus celestiales.

Fiel a las tendencias reformadoras presentes siempre en la Cábala, Dee aspiraba a promover un poderoso movimiento de renovación religiosa y anunciaba el advenimiento de una reforma milagrosa que acabaría con las formas antiguas (Constantinopla y Roma) de entender el cristianismo.

En 1589 emprendió el viaje de retorno a Inglaterra, donde le recibió la reina Isabel, pero su estrella se estaba apagando. Al final de su vida tuvo que sufrir persecución por hechicería y murió olvidado de todos, en la pobreza.

Sin embargo, la influencia póstuma de Dee iba a ser enorme.

Contemporáneo de Dee, Giordano Bruno también está vinculado a Inglaterra, a la que llegó en 1588 para predicar «una filosofía hermético-cabalista que tenía referencias al papel mesiánico de la reina Isabel», explica Yates. En Bruno, que al igual que Dee estaba intensamente influido por Cornelio Agripa, el ímpetu reformador del pensamiento cabalístico-hermético es aún más intenso. En sus obras



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

giendo las ideas reformistas rosacruces. «Inglaterra parecía ser el país escogido por Jehová como escenario de la restauración total», resume Yates.

Hartlib escribió a Comenius invitándole a que colaborara con este magno proyecto. En 1641, Comenius llegó a Inglaterra. Como explica la profesora Yates, hubo un nuevo movimiento de entusiasmo:

«Era como si la gente estuviera ahora más ansiosa de aprovechar la oportunidad, perdida en años anteriores, de llevar a cabo la reforma y el progreso anunciados por los manifiestos rosacruces; la oportunidad perdida en Alemania por la derrota del movimiento encabezado por Federico. Los que habían sufrido aquella desilusión tan amarga se dirigieron a Inglaterra».

Yates ha señalado el influjo de este movimiento en la fundación de la *Royal Society*, entre cuyos miembros originales hay un gran número de admiradores de las obras de Hartlib y de Comenius. Éste último saluda con entusiasmo la constitución de la *Royal Society* en 1660: «Evidentemente Comenius tiene la impresión de que la *Real Sociedad* es la heredera de los trabajos realizados tiempo atrás por él mismo y sus amigos», comenta Yates.

Elias Ashmole fue uno de los miembros fundadores de la *Royal Society*. El ámbito de sus intereses fue muy variado, desde la alquimia hasta las antigüedades y la ciencia experimental, pero su interés dominante se centraba en las ciencias ocultas. Ashmole es el gran representante del movimiento alquímico en la Inglaterra del siglo XVII. Su afición por el rosacrucismo está fuera de duda y llegó a copiar de su puño y letra la traducción inglesa de la *Fama* y de la *Confessio*, a las que añadió una carta redactada por él mismo en latín en la que solicitaba a los «muy iluminados hermanos de la Rósea Cruz» que le admitieran en su hermandad.

Ashmole es el autor del *Theatrum Chemicum Britannicum* (1652), colección de textos de alquimia que dio un fuerte impulso a esta práctica en la Inglaterra de la época y en la que muestra una clara admiración por el movimiento rosacruz y por la escuela de John Dee. La alquimia de Ashmole integra la doctrina cabalística: «Los adeptos que llegaban a dominar estas fórmulas podían moverse a su gusto para arriba y para abajo por la escala de la creación, desde la materia terrenal hasta los cielos, los ángeles y Dios», señala Yates.

La segunda generación de miembros de la *Royal Society* está dominada por la presencia de Isaac Newton, quien conocía perfectamente los manifiestos rosacruces y fue ávido lector del *Theatrum Chemicum Britannicum* de Ashmole y se interesó de modo particular por Michael Maier.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

la de convertirse en la religión noáquida por excelencia, que lleve la salvación judía a todos los no judíos.

Como explica Morselli, Benamozegh realiza

«un análisis cabalístico de la dogmática cristiana (...) Le parece posible una reforma del cristianismo a través de un verdadero y auténtico itinerario de *teshuvah* [reinterpretación jurídica] y que, una vez cumplido, el cristianismo se despojará de todo lo que tiene de contrario al hebraísmo, se desprenderá de los vestidos que ha tomado prestados, los restos del paganismo que lo han hecho irreconocible a los ojos de sus padres, que provocaron su expulsión de la casa paterna, que produjeron y perpetuaron el divorcio, la enemistad, la lucha fratricida entre hebraísmo y cristianismo».

Es el momento de hacer un repaso del origen de los temas cabalísticos que reaparecen en el dogma masónico para valorar hasta qué punto existe un parentesco (una filiación) entre ambas corrientes. Las citas del rabino Benamozegh recogidas en este capítulo provienen de su libro *Israel y la humanidad*.

ALGUNOS TEMAS COMUNES ENTRE CÁBALA Y MASONERÍA

A continuación recogemos algunas materias muy propias de la especulación cabalística en las que ésta se muestra coincidente con los enfoques de la masonería:

1. La Teología de la francmasonería

Para Benamozegh, la doctrina de la masonería está próxima a la Cábala: «La teología francmasónica es bastante cercana a la de la Cábala (...) La *Haggadá* era la forma popular de una ciencia reservada que presentaba, por los métodos de iniciación, similitudes muy sorprendentes con la institución francmasónica». La *Haggadá* es el conjunto de leyendas, anécdotas y parábolas que ilustraban los principios religiosos y éticos de la ley judía.

El rabino liornés se muestra convencido de que «quienes quieran realizar el esfuerzo de examinar con cuidado la cuestión de las relaciones entre el judaísmo y la francmasonería filosófica —y en general con los misterios— perderán algo de su soberbio desdén hacia la Cábala, estamos seguros de ello. Se les borrará la sonrisa de lástima ante la idea de que la teología cabalística pueda tener un papel que desempeñar en la transformación religiosa del porvenir».



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

Después de considerar los siete temas anteriores, planteados por la Cábala y retomados por la masonería, hay un octavo tema que merece un tratamiento más detenido: la forma de entender la religión en la Cábala, arquetipo de la que fue asumida por la masonería.

La doctrina de la Cábala se divide en teórica y práctica. La segunda es principalmente mágica. George G. Mackey admite que la «ciencia simbólica de la masonería está íntimamente conectada con» la Cábala teórica. Esta conexión tiene dos niveles, uno objetivo, pues la doctrina o «ciencia simbólica» de la masonería, de hecho, depende de la cabalista, con independencia de que tal o cual masón sea consciente de ese parentesco; y un nivel subjetivo: numerosos eruditos masones reconocen explícitamente esa filiación y, de hecho, son cultores de la Cábala, como lo fue Albert Pike. Lo que aquí nos interesa es la deuda objetiva que el «dogma» masónico (por utilizar la terminología de Pike) tiene con la Cábala.

En la primera parte hemos abordado la actitud de la masonería hacia la religión, su indiferentismo práctico y sus causas teóricas.

Mackey explica que «las leyendas sobre Noé se incorporaron tan íntimamente en las de la masonería, que los francmasones empezaron a ser llamados, y todavía siguen llamándose, “noáquidas” o descendientes de Noé, un término aplicado en primer lugar por Anderson y que se sigue usando muy frecuentemente». Acto seguido, Mackey describe las leyendas masónicas —de origen cabalístico— que relacionan la hermandad con el patriarca Noé.

En la segunda edición de las Constituciones de Anderson se introdujo ya una mención expresa del tipo de religiosidad específica de la masonería, reducida a una moral particular:

«Un masón está obligado, en cuanto tal, a observar la ley moral como un auténtico noáquida».

Mackey sospecha que Anderson tomó el concepto del caballero Ramsay y, sea o no así, éste proviene del judaísmo y llega a la masonería a través de la Cábala.

Un masón debe observar la ley moral como un auténtico noáquida; pero, ¿qué es la ley de Noé?

Antes de que Dios sellara el pacto con Moisés en el monte Sinaí, «ya existía el pacto que había contraído con toda la humanidad a través de Noé», según explica el rabino Elio Toaff. Según esta doctrina judía, los preceptos impuestos a Noé «forman la Constitución de la humanidad», a la que prescriben una «per-



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

EL RITO, LA INICIACIÓN Y EL SIMBOLISMO MASÓNICOS

Hemos visto hasta ahora que la masonería, como dice Gaston Martin, no hace «desaparecer las opiniones individuales de sus adeptos [en materia de religión N. d. A.], pero les ofrece la conciencia de una verdad general superior a sus especulaciones individuales y les impone como primer deber el de la estricta observancia de esa verdad». También hemos seguido la genealogía de esa «conciencia de una verdad superior a sus especulaciones individuales» y su parentesco con la cosmovisión que ofrece la antigua doctrina de la Cábala. Nuestro examen de la masonería como tal no puede concluir sin fijarnos en la forma en la que esa doctrina se transmite a los miembros: su pedagogía interna, expresada sobre todo en su ritual.

En la masonería, el rito suele designar, en palabras de Mackey, «un método para conferir la luz masónica mediante un conjunto ordenado de grados. Es, en otras palabras, el método y el orden que se sigue para el gobierno del sistema masónico». Por lo tanto, en la masonería se distingue entre rito y ritual. El rito es cada uno de los métodos (de York, escocés antiguo y aceptado, escocés rectificado...) de acuerdo a los cuales se educa en la doctrina masónica a los miembros. La creatividad de los masones a la hora de crear nuevos ritos es exuberante. A mediados del siglo XIX, Albert Gallatin Mackey recogía los 37 ritos «más importantes» en aquel tiempo y Ragon enumeraba hasta 108. «Ha habido multitud de estos ritos. Muchos de ellos no sobrevivieron a sus autores y desaparecieron cuando dejó de existir quien los ideó», explica Mackey, para quien, como para Clavel y un gran número de masones, la proliferación de ritos «sigue dividiendo la familia masónica y, en realidad, éstos sólo proporcionan diferentes métodos para alcanzar la Verdad Divina mediante la luz masónica». De modo que una vez más nos encon-



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

guión vital o de hiper-estimulación del proceso de individualización. En cualquier caso, este tipo de teorías representan una explicación «débil» de la eficacia objetiva del ritual iniciático. Tienen semejanzas con la hipótesis de Mellor al poner el acento en que la iniciación es una mera «puesta en marcha de un proceso», pero van más allá, otorgándole un mayor peso al proporcionar al iniciado una experiencia intensa.

Hay otros masones que hablan de una iluminación —con una variada y amplia gama de matices— que tendría lugar durante el ritual iniciático. En esta categoría se incluyen los que afirman que el iniciado recibe un conocimiento intelectual, y quienes se refieren a un no menos impreciso «conocimiento simbólico», o al despertar de «poderes psíquicos latentes». Los seguidores de estas tesis se colocan explícitamente en la tradición mágico-gnóstica. El ritual produce un cambio objetivo en la inteligencia del masón.

Por último, está la escuela más abiertamente gnóstica en lo tocante al valor de la iniciación ritual masónica, cuyo corifeo fue sin duda René Guénon y que atribuye una virtualidad ontológica a la iniciación: la persona queda cambiada y marcada en cuanto al Ser. Es la escuela que ha elaborado una doctrina más sistemática en torno a la iniciación, y la más congruente con los elementos dogmáticos de la masonería. Por otra parte, Guénon, quien en un periplo vital complejísimo alcanzó los más altos grados de la masonería, aunque en su última etapa se desvinculó de la organización para dedicarse a la mística sufí, goza dentro de la masonería de mayor aceptación y prestigio que cualquier otro especialista sobre la iniciación. Un prestigio que no se limita a esta o aquella obediencia —hay logias masónicas *dedicadas* a René Guénon, tanto en la órbita de la Gran Logia Unida de Inglaterra como en la del Gran Oriente de Francia— y sus obras son recomendadas y son objeto de estudio en numerosas logias de todo el mundo.

Para Guénon, «la iniciación tiene como meta esencial rebasar el estadio individual para pasar a los estados superiores del Ser, incluso conducir al Ser más allá de todo estado condicionado». Por estados superiores, Guénon entiende estados en los que se supera la individualidad.

Guénon declara abiertamente que la vía espiritual iniciática es incompatible con lo que él llama la vía «mística»: la mística sería «algo exclusivamente occidental y específicamente cristiano».

Para Guénon, es necesario que el individuo sea aceptado por una organización tradicional regular cualificada para conferirle la iniciación, para transmitirle la influencia espiritual. «Es menester que una organización sea efectivamente depositaria de una influencia espiritual para poder comunicarla a los individuos que se vinculan a ella», lo que para Guénon excluye a lo que él denomina organizaciones



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

- educación», son rituales sociales que hacen más sencillo que todo el mundo sepa cómo comportarse y que las situaciones se desarrollen sin sobresaltos.
3. El ritual es una poderosa herramienta pedagógica. Desde los ritos tribales en los que el joven aprende a cazar hasta las cancioncillas mnemotécnicas infantiles para aprender la tabla de multiplicar, son rituales que facilitan el aprendizaje.
 4. El ritual nos proporciona un sentido de identidad. «Nos sentimos bien o completos cuando seguimos ciertos rituales, y nos sentimos incómodos y hasta turbados cuando no podemos repetirlos».
 5. Los rituales nos ayudan a prepararnos, a «ambientarnos» para alguna actividad. «Ya sea para una ceremonia religiosa o para asistir a un partido de fútbol», antes de comenzar nos solemos disponer mediante la repetición de ciertas pautas.
 6. El ritual nos permite condensar mucho en un breve espacio de tiempo. «El ritual enriquece una experiencia al concentrarla», prescindiendo de todos los detalles que requeriría una explicación completa cada vez que se realiza algo.

Para Tresner, «el ritual de la masonería implica todo lo anterior y más», y concluye que no sólo los masones, sino todas las personas, necesitamos del ritual y que, concretamente, en la masonería constituye «la ligazón que nos mantiene unidos. Es importante. Nos hace ser nosotros mismos».

LOS RITOS Y EL TRABAJO MASÓNICO

El Rito masónico «se podría definir como una presentación particular de la masonería, cuyo carácter se distingue del de otros ritos por la forma», dice Ferrer Benimeli. Cada uno de los Ritos es, pues, «una presentación particular de la masonería», un modo concreto de actualizar la doctrina masónica, al lado de otros posibles o, si se prefiere, «una rama particular de la masonería».

Dentro de cada Rito se prescriben las formas peculiares de los ritos (con minúscula): la forma específica para iniciar en un grado, para abrir y cerrar una sesión, etc.

Según Coil, esta distinción de sentidos de la palabra rito surge a comienzos del siglo XVIII: «En Francia, el término rito comenzó a usarse en un sentido distinto, no simplemente como un grupo de ceremonias relacionadas entre sí, sino para designar una determinada colección de grados asociados bajo una administración o



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

LA MASONERÍA Y LA IGLESIA

En las páginas que anteceden he procurado responder a la pregunta «¿qué es la masonería?»; he recogido los que constituyen sus principios esenciales, más allá de diferencias accidentales; también he hecho un recorrido somero por la historia de la masonería especulativa y su «prehistoria», así como una revisión de los temas coincidentes entre masonería y Cábala, suficiente para establecer un parentesco intelectual entre ambas realidades. Por último, he expuesto la naturaleza de algunos aspectos prácticos fundamentales para la institución masónica, como son la iniciación y el rito en las logias.

Ahora nos toca abordar un tema peliagudo que acompaña a la orden masónica como la sombra al cuerpo: su relación con la Iglesia.

UN EJEMPLO PARADIGMÁTICO

En 1874, el entonces Gran Maestro de la Gran Logia Unida de Inglaterra, Lord Ripon, se convirtió a la fe católica. El marqués Lord Ripon, que desde hacía tres años era la máxima autoridad de la logia madre de todas las Grandes Logias de todas las naciones («la cabeza de la Orden en todas las partes del mundo», dijo de él *The Times*), era conocido por tener hondas preocupaciones religiosas y era muy respetado dentro y fuera de la logia. La noticia de su ingreso en la Iglesia católica causó una gran conmoción entre sus antiguos hermanos y, lógicamente, fue recibida con entusiasmo dentro de la Iglesia.

Lord Ripon hizo llegar una carta al Gran Secretario de la Gran Logia para que la leyera en la tenida del 2 de septiembre de aquel año. John Hervey, el Gran Se-



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

de las condenas papales a los masones yace un error material, que consiste en no haber distinguido entre la masonería regular y la irregular. Para ellos, solamente la irregular —de tipo Gran Oriente, la que hace gala de anticlericalismo— es la merecedora de la reprobación. Según esta corriente, las condenas pontificias son válidas, pero no se aplican a la masonería regular y teísta. Estamos ante la reformulación de la astucia jansenista que distinguía entre una *quaestio juris* (cuestión de derecho), y una *quaestio facti* (cuestión de hecho). Los juristas y teólogos jansenistas se valieron durante años de esta distinción para pretender eludir las condenas papales que fulminaban la herejía de Jansenio. Argumentaban los jansenistas que el Papa tenía mucha razón al condenar los errores contenidos en la bula (*quaestio juris*), pero objetaban que aquellos errores no se encontraban en el libro de Jansenio (*quaestio facti*), de modo que sus seguidores no tenían por qué inquietarse: la condena no iba con ellos. La bula *Auctorem fidei* vino a acabar con esta estratagema, declarando que los errores efectivamente se encontraban en el libro del obispo Jansenio.

Los abogados de la conciliación entre masonería regular y catolicismo pretendían hacer suyas las condenas papales, insistiendo en que sólo se aplicaban a la masonería anticlerical «francesa», y que en ningún caso afectaban a la masonería de tipo inglés.

Alec Mellor, el más conocido de los representantes de este grupo, tendía a distorsionar la realidad de los hechos al afirmar que en la bula *In eminenti* no había ninguna condena doctrinal (olvidándose, curiosamente, de la mención al secreto masónico y al daño a las sociedades eclesiástica y civil, la corrupción de los sencillos, así como la acusación de ser sospechosos de herejía), para centrarse en los motivos que el Papa Clemente afirma tener para condenar a la masonería y que no declara («otros motivos justos y razonables conocidos por Nos»).

Mellor sostiene que «los motivos de la primera bula papal (contra la masonería) no fueron ni religiosos ni morales, sino políticos». Esto es pura fantasía, y sólo sirve para distraer la atención sobre el dato principal: el Papa condena la única masonería que existía en la época, la que se deriva de las Grandes Logias de Londres y de York, y lo hace por razón de la inmoralidad de su conducta (secretismo, escándalo, perjuicio para la sociedad), sin más matices. La masonería irregular nació casi ciento cincuenta años más tarde.

El hecho de que en aquel documento de urgencia no se haga un estudio detallado de las causas intelectuales de la condena resulta totalmente irrelevante. En aquel momento, se trataba de reaccionar inmediatamente contra un movimiento en el que el Papa distinguía los principios de una confrontación con la doctrina católica.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

mático, del relativismo moral, de la creencia en el progreso ilimitado, del laicismo... se han convertido en el telón de fondo de la vida de nuestros contemporáneos.

Retomando la distinción de Massimo della Campa entre masonería «doctrina» y masonería «organización», puede que la masonería organización haya perdido gran parte de su vitalidad y que incluso languidezca en casi todos los países, pero indiscutiblemente los principios de la masonería se han impuesto, integrándose en la vida cotidiana de la gran mayoría de los habitantes del mundo occidental. Es difícil que usted y yo nos sustraigamos a la influencia de estos principios, influjo que se traduce en la tentación, hoy intensa, de que nuestras convicciones pierdan su firmeza y adquieran una blandura y provisionalidad que las haga aceptables socialmente.

La masonería es un vehículo para transmitir un sistema ético y doctrinal. Es innegable que ha cumplido su misión, una tarea en la que no ha estado sola, pues esos principios, que se originaron fuera de la masonería, han sido defendidos por muchos otros. Una vez más, nos damos cuenta de cómo una excesiva obsesión con la organización masónica, un exagerado interés por la hipotética condición masónica de algunos personajes clave de la Historia, han traído como consecuencia una inflación de la importancia de la institución en sí misma (que, indudablemente, la ha tenido y la tiene, como advirtieron los Papas), en detrimento de un atento estudio de sus ideas, de la génesis de éstas y de su progresiva difusión en nuestro mundo (como también señalaron los romanos pontífices).

Era conveniente dedicar, pues, un libro a reflexionar sobre la ideología de la masonería, en medio de tantos libros —partidarios y detractores— centrados en la organización masónica y en las hazañas y bajezas de sus miembros. Convenía para que el lector interesado pudiera encontrar de forma —más o menos— resumida una respuesta satisfactoria a la pregunta: «¿qué es la masonería?», al margen de los mencionados elencos de agravios o de logros.

¿QUÉ LES HA SUCEDIDO A LOS CATÓLICOS?

Una vez expuesta la ideología masónica y sus componentes esenciales, y una vez señalada también la extraordinaria difusión de un tipo de pensamiento similar al masónico en nuestra sociedad, aún quedan algunas observaciones por hacer relacionadas con la fe católica. Hemos visto cómo la Iglesia advertía severamente contra la adhesión a las logias, pero no sólo: la mayor preocupación del Magisterio iba dirigida contra los que denominó «errores modernos». El naturalismo, el



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

MOZART, CRISTIANISMO Y MASONERÍA

NADIE QUIERE PERDER A MOZART

La controvertida historia de la masonería acoge en su elenco de miembros a ejemplares que reprodujeron en sí mismos hasta la exageración todos los tópicos de la hermandad: basta pensar en casos como Georges-Jacques Danton, Giuseppe Garibaldi, o Plutarco Elías Calles. En la imaginación popular representan al masón por antonomasia. En cambio, en otros masones que adquirieron notoriedad por su excelencia en ámbitos más universales, parece como si su condición de miembros de la institución masónica quedase desvaída y perdiese relevancia a ojos de la opinión pública: Alexander Flemming o Wolfgang Amadeus Mozart son casos paradigmáticos de estos masones «expropiados» a la Orden. En su condición de genios universales parece que todo otro aspecto personal desaparece. Nadie quiere «perderlos»: son «patrimonio» de todos.

La penicilina es un hallazgo tan objetivo que efectivamente es universal e indiscutible y, en ese sentido, poco le importa al paciente saber si Flemming fue o no iniciado en una logia de Londres, al igual que no le importará saber que Pasteur fue un devoto católico.

El caso de Mozart es mucho más peculiar. Aunque se ha dicho que la música es universal, lo cierto es que una composición musical carece de la «objetividad» de un descubrimiento médico. Mientras que un medicamento sirve para curar un cuerpo en cualquier latitud, la influencia de la música —que actúa de un modo especial sobre la sensibilidad y las disposiciones morales del ser humano— varía mucho. Las músicas no son universales en el sentido de «intercambiables»: una música de verbena popular no resulta apropiada para un desfile militar.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

Otra gran influencia que afectaba a las logias austriacas era la proveniente de los *Illuminati* de Baviera. Dentro de esta orden secreta existían diferentes ritos, entre los que se contaba el de la *Estricta Observancia*, practicado en la mayoría de las logias austriacas.

Los *Illuminati* habían sido constituidos en 1776 por un profesor de Derecho canónico de la facultad de Ingolstadt, Adam Weishaupt, y eran una organización intensamente anticristiana y de un fuerte carácter ilustrado y revolucionario. Una de las principales figuras de los *Illuminati* en Austria fue el Gran Maestro Ignaz Edler von Born, amigo de Mozart, quien lo tomó como modelo para uno de sus personajes de su ópera *La Flauta Mágica*.

Tanto la veta rosacruz como la de los *Illuminati*, predominantes en la masonería austriaca contemporánea de Mozart, eran particularmente anticatólicas.

A la muerte del emperador José II, le sucedió su hermano, Leopoldo II, gran duque de Toscana, cuyo breve reinado significó un nuevo empuje para la masonería, que se iba a ver truncado con la ascensión al trono, dos años más tarde, de Francisco II. En 1793, en gran medida por la prevención que había suscitado la Revolución francesa, la Gran Logia de Austria «abatió columnas»: suspendió temporalmente sus actividades.

LA VIDA DEL GENIO

Sin embargo, a pesar de las bienintencionadas alabanzas al genio salzburgoés (no falta incluso quien llega a calificarlo de «devoto cristiano»), del epistolario de Mozart emerge la figura de un hombre grosero, salaz, aficionado a los dobles sentidos y al lenguaje obsceno, que en muchas ocasiones llega a la irreverencia y al escepticismo religiosos y que frisa —por ser benévolo— la blasfemia. Lejos de mostrarnos un hombre de fe arraigada, como afirma el cardenal Schönborn, su correspondencia deja patente la evolución de su peculiar religiosidad de tipo panteísta y su comportamiento frívolo y anticlerical. Es sorprendente que se pueda apelar a las cartas del compositor como testimonio de su vida de fe, pues lo que ponen de manifiesto —hasta resultar ofensivas— es un estado moral desorientado y alejado de la auténtica espiritualidad católica. Las abundantes referencias escatológicas en las cartas de Mozart hacen poco conveniente su reproducción y, al parecer, reflejan el tono de las comunicaciones familiares del compositor: con su padre, su madre, su hermana o su prima Maria Anna, con quien sostuvo una prolongada relación más que equívoca, plagada de referencias indecentes. Stanley Sadie afirma que las nueve cartas de Mozart a su prima



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

combinan según aquellas *afinidades electivas* analizadas por el gran Goethe y, antes que él, esbozadas por Mozart en la ópera *Così fan tutte*.

Muchos de los que intentan recuperar a Mozart para el «campo católico» sacan a relucir sus piadosas reflexiones sobre la muerte dirigidas a su padre. Sin embargo, el tipo de religiosidad que exudan esos pensamientos —que no hacen ninguna referencia a la esperanza cristiana— es de corte místico panteísta. Como dice Lazzari:

«La concepción de la muerte fue central en el pensamiento mozartiano, en el que fue importante la herencia masónica del pensamiento de Giordano Bruno, combinado con las ideas de libertad erótica desvinculada de la fidelidad conyugal que derivaba de Ovidio y con las ideas de una ética laica, autónoma respecto del moralismo asfixiante de la Iglesia, siempre empeñada en confiscar la ética, la metafísica y toda idea de lo sagrado, sobre los que ejercitaba una suerte de derecho de propiedad».

La famosa carta al padre enfermo la escribió W. A. Mozart el 4 de abril de 1787:

«No es necesario que le diga con cuánta ansiedad espero de usted una noticia consoladora. Y lo espero como algo cierto, aunque ya me haya habituado a temer lo peor en toda circunstancia. Porque la muerte, consideradas todas las cosas, es la verdadera meta de nuestra existencia. En estos dos últimos años [*tanto Leopold como su hijo Wolfgang Amadeus habían alcanzado el grado de Maestro masón dos años antes, N. d. A.*] me he aproximado de tal modo a esta auténtica y óptima amiga de la humanidad, que la idea de la muerte, ¡lejos de inspirarme terror, me consuela y me conforta! Y doy gracias a Dios por haberme dado el modo de aprender que la muerte es la llave que abre la puerta de la verdadera felicidad».

En semejante trance, Mozart se dirige a su padre invitándole a una fortaleza basada sólo en la ética masónica que ambos comparten.

Lazzari, citando al musicólogo Einstein, afirma que, para Mozart, «catolicismo y masonería eran “dos esferas concéntricas”; su fidelidad católica y la militancia masónica son indudables por sus palabras y por sus obras, pero con la masonería en una posición “más alta, más amplia, más grande”, por el anhelo de una purificación moral, por el trabajo en pro de la humanidad, por el íntimo conocimiento de la muerte». Es el tema recurrente de toda la masonería: la compatibilidad con cualquier religión exotérica, siempre que se acepte la superioridad de la masonería sobre aquélla. La masonería interpreta la religión.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

Lazzari añade que también

«existe una música que, en virtud de su valor unificador y de su fuerza trascendente, puede definirse como “de inspiración masónica”, en cuanto aun nacida fuera de las columnas del templo, ha sido compuesta bajo una inspiración más o menos directa de la institución, por hombres sensibles que transmitían la belleza y la fuerza de la creación, y en la medida en que abren las puertas a la reflexión profunda y a la sacralidad».

De hecho, según Lazzari, aunque existían ya con anterioridad recopilaciones de música masónica, es sólo a partir de la producción musical de Mozart cuando se puede hablar de unos cánones musicales masónicos. El especialista italiano selecciona hasta doce rasgos específicos, simbólicos, de las composiciones masónicas (ritmos, tonalidades, instrumentalización, etc.). Como explica Lazzari, Mozart recurre a esos simbolismos no sólo en sus obras específicamente masónicas, sino en composiciones sacras católicas:

«Basta pensar que el *Ave verum* desarrolla, para un coro a cuatro voces desiguales, el tema del adagio masónico KV 580a para cuerno inglés».

Aquí nos topamos con un hecho llamativo en la producción mozartiana: el genio salzburgués no establece una distinción esencial entre sus composiciones de temática masónica y las de temática religiosa católica; del mismo modo que no concibe unas formas musicales específicas para lo sagrado y otras para lo profano. En la ópera bufa *Le Nozze di Figaro* (con libreto de Da Ponte, quien, como afirma el musicólogo Saverio Franchi, también era masón), la *cavatina* de la Condesa (*Porgi Amor*) desarrolla el mismo tema que Mozart había usado en su *Agnus Dei* de la *Missa Solemnis* (KV 337). En la misma ópera hallamos otro ejemplo de ese mismo fenómeno de «intercambiabilidad» entre lo sagrado y lo profano: el «aria» de la Condesa *Dove sono i bei momenti* recoge un tema presente en otro *Agnus Dei*, en este caso el de la *Misa de la Coronación* (KV 317). Cualquier aficionado puede escuchar estos fragmentos y reconocer sin esfuerzo la identidad esencial entre ellos.

Mozart compuso muchas obras masónicas. En 1785 se estrenaron dos *lieder*: *Der Todes Werk, der Fäulniß Grauen* (Mirar con serenidad la obra de la muerte) y *Vollbracht ist die Arbeit der Meister* (El trabajo del maestro está cumplido). «En el primero retoma el tema de la muerte —dice Lazzari—, y en él no se encuentra ni una sombra de angustia, más bien se advierte un tono general de serena y relajada consolación», tema que reaparece en las cartas de Mozart. En el segundo *lied*, Mo-



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

17. Por lo que toca a la vida doméstica, he aquí casi toda la doctrina de los naturalistas. El matrimonio es un mero contrato: puede justamente rescindirse a voluntad de los contratantes; la autoridad civil tiene poder sobre el vínculo matrimonial. En el educar los hijos nada hay que enseñarles como cierto y determinado en punto de religión; al llegar a la adolescencia, corre a cuenta de cada cual escoger lo que guste. Esto mismo piensan los Masones; no solamente lo piensan, sino que se empeñan, hace ya mucho, en reducirlo a costumbre y práctica. En muchos Estados, aun en los llamados católicos, está establecido que fuera del matrimonio civil no hay unión legítima; en otros, la ley permite el divorcio; en otros se trabaja para que cuanto antes sea permitido. Así, apresuradamente se corre a cambiar la naturaleza del matrimonio en unión inestable y pasajera, que la pasión haga o deshaga a su antojo.

También tiene puesta la mira, con suma conspiración de voluntades, la secta de los Masones en arrebatarse para sí la educación de los jóvenes. Ven cuán fácilmente pueden amoldar a su capricho esta edad tierna y flexible y torcerla hacia donde quieran, y nada más oportuno para lograr que se forme así para la sociedad una generación de ciudadanos tal cual ellos se la forjan. Por tanto, en punto de educación y enseñanza de los niños, nada dejan al magisterio y vigilancia de los ministros de la Iglesia, habiendo llegado ya a conseguir que en varios lugares toda la educación de los jóvenes esté en manos de laicos, de suerte que, al formar sus corazones, nada se les diga de los grandes y santísimos deberes que ligan al hombre con Dios.

CONSECUENCIAS POLÍTICAS

18. Vienen en seguida los principios de la ciencia política. En este género dogmatizan los naturalistas que los hombres todos tienen iguales derechos y son de igual condición en todo; que todos son libres por naturaleza; que ninguno tiene derecho para mandar a otro, y el pretender que los hombres obedezcan a cualquier autoridad que no venga de ellos mismos es propiamente hacerles violencia. Todo está, pues, en manos del pueblo libre; la autoridad existe por mandato o concesión del pueblo; tanto que, mudada la voluntad popular, es lícito destronar a los príncipes aun por la fuerza. La fuente de todos los derechos y obligaciones civiles está o en la multitud o en el Gobierno de la nación, organizado, por supuesto, según los nuevos principios. Conviene, además, que el Estado sea ateo; no hay razón para anteponer una a otra entre las varias religiones, pues todas deben ser igualmente consideradas.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

hace la Iglesia, el derecho de mandar, da gran incremento a la dignidad del poder civil y no leve apoyo para captarse el respeto y benevolencia de los ciudadanos. Amiga de la paz, la misma Iglesia fomenta la concordia, abraza a todos con maternal cariño y, ocupada únicamente en ayudar a los hombres, enseña que conviene unir la justicia con la clemencia, el mando con la equidad, las leyes con la moderación; que no ha de violarse el derecho de nadie; que se ha de servir al orden y tranquilidad pública y aliviar cuanto se pueda pública y privadamente la necesidad de los menesterosos. Pero por esto piensan, para servirnos de las palabras mismas de San Agustín,¹² o quieren que se piense no ser la doctrina de Cristo provechosa para la sociedad, porque no quieren que el Estado se asiente sobre la solidez de las virtudes, sino sobre la impunidad de los vicios. Conocido bien todo esto, sería insigne prueba de sensatez política y empresa conforme a lo que exige la salud pública que príncipes y pueblos se unieran, no con los Masones para destruir la Iglesia, sino con la Iglesia para quebrantar los ímpetus de los Masones.

REMEDIOS DOCTRINALES

27. Sea como quiera, ante un mal tan grave y ya tan extendido, lo que a Nos toca, Venerables Hermanos, es aplicarnos con toda el alma a la busca de remedios.

Y porque sabemos que la mejor y más firme esperanza de remedio está puesta en la virtud de la religión divina, tanto más odiada por los Masones cuanto más temida, juzgamos ser lo principal el servirnos contra el común enemigo de esta virtud tan saludable. Así que todo lo que decretaron los Romanos Pontífices, Nuestros Antecesores, para impedir las tentativas y los esfuerzos de la secta masónica, y todo cuanto sancionaron para alejar a los hombres de semejantes sociedades o sacarlos de ellas, todas y cada una de estas cosas las damos por ratificadas y las confirmamos con Nuestra autoridad apostólica. Y confiadísimos en la buena voluntad de los cristianos, rogamos y suplicamos a cada uno en particular por su eterna salvación que estimen deber sagrado de conciencia el no apartarse un punto de lo que en esto tiene ordenado la Silla Apostólica.

28. Y a vosotros, Venerables Hermanos, os pedimos y rogamos con la mayor instancia que, uniendo vuestros esfuerzos a los Nuestros, procuréis con todo ahínco extirpar esta asquerosa peste que va serpeando por todas las venas de la sociedad. A vosotros toca defender la gloria de Dios y la salvación de los prójimos: ante tales fines en el combate, no ha de faltaros ni el valor ni la fuerza.

¹² Ep. 137 (al. 3).



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



Este libro es muy ambicioso: busca que el lector se forme una idea clara y fundamentada de lo que es y lo que no es la masonería. La francmasonería, con sus múltiples ramificaciones, ha sido una institución clave en los últimos tres siglos. Desde su inicio sus actividades estuvieron marcadas por el secreto, lo que ha suscitado un sentimiento de temor y de atracción, cuando no de fascinación. Por esa razón la producción de interpretaciones “masológicas” es ingente. Pero las innumerables obras dedicadas a la masonería, favorables y contrarias, suelen tener en común la falta de claridad. La mera acumulación de datos, más o menos contrastados, y las conclusiones, en muchas ocasiones precipitadas o marcadas por los prejuicios, dejan en el lector la contradictoria sensación de que en torno a los masones el enigma es cada vez mayor y la confusión, creciente. Todo ello no hace sino aumentar la inquietud que provoca “la orden”.

Este libro ofrece respuestas comprensibles, racionales y fundadas a las preguntas que suscita la logia: ¿qué es la masonería?, ¿cuáles son sus objetivos?, ¿cuál el origen histórico?, ¿qué significan y qué valor tienen el secreto y el ritual masónicos?, ¿cuáles son las principales críticas que ha recibido la orden?, ¿qué grandes personajes de la Historia han sido masones?, ¿qué relaciones tiene la masonería con otras instituciones, en particular con la Iglesia católica?, ¿es posible o no ser católico y masón a la vez?

El secreto masónico desvelado tiene en cuenta tanto los documentos masónicos como los antimasones, y no elude las cuestiones espinosas que a menudo rodean a los “trabajos masónicos”; aborda numerosos mitos y permitirá que el lector saque sus propias conclusiones basándose en hechos contrastables y no en conjeturas. Las conclusiones que recoge este libro, tanto las que son totalmente seguras como las que se ofrecen como hipótesis más razonables, vienen adecuadamente fundamentadas y expuestas con claridad.